

CRUZ Y RAYA

S. AGUIRRE, IMPRESOR. — TELÉFONO 30366. — MADRID

CRUZ Y RAYA

REVISTA DE AFIRMACION Y NEGACION

MADRID, DICIEMBRE DE 1935

CRUZ Y RAYA

SE PUBLICA TODOS LOS MESES

Director:

JOSÉ BERGAMIN

Secretario:

EUGENIO IMAZ

Suscripción a doce números:

España, 30 pesetas; Países adheridos a la tarifa reducida de Correos (envío certificado), 35; todos los demás países (envío certificado), 42.

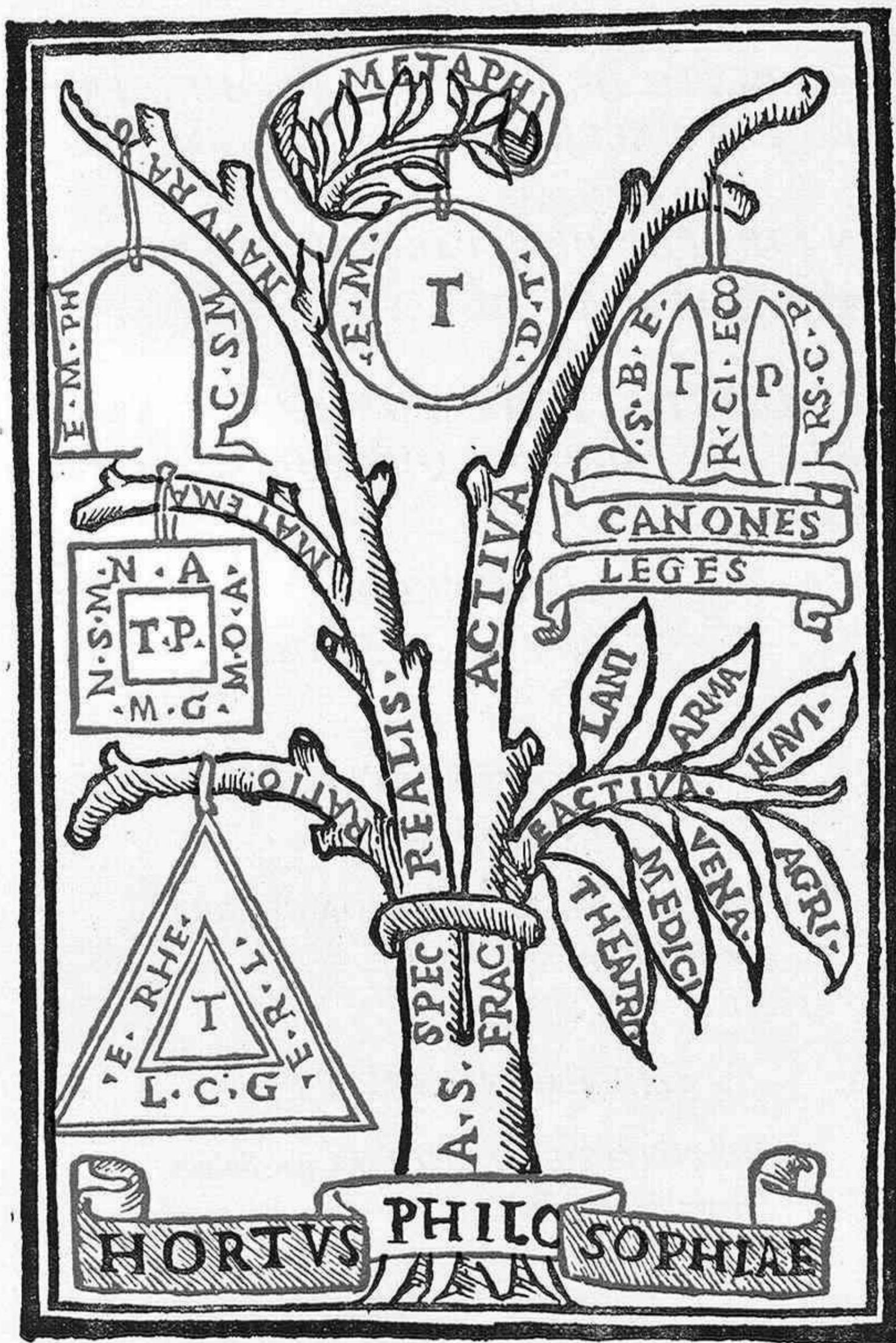
Ejemplar:

España, 3 pesetas; Extranjero, 4.

MADRID

GENERAL MITRE, 5

TELÉFONO 17573



Sumario

*LABERINTO DE LA NOVELA Y MONSTRUO
DE LA NOVELERÍA, por José Bergamín.*

*UN EJEMPLO DE VITALIDAD POÉTICA, por
José M.^a de Cossío.*

*LA MUERTE, TEMA CONSTANTE EN LA
OBRA DE «ALONSO QUESADA», por Félix
Delgado.*

QUEVEDO

(Selección de Pablo Neruda.)

CRISTAL DEL TIEMPO

EL FUEGO Y EL HIELO

*PAZ CON PAZ, GUERRA CON GUERRA,
por José Bergamín.*

LAS HORAS MUERTAS

*HISTORIA DE MEDIO AÑO, por Ramón
Gómez de la Serna.*

Laberinto de la novela y monstruo de la novelería

I

*A cierra ojos. — 1. Hombre perdido. —
2. Cuestión palpitante. — 3. La razón
de soñar. — 4. El engaño a los ojos. —
5. La raya luminosa. — 6. Situación
crítica.*

Este trabajo y su segunda parte—que publicaremos en el próximo número—fueron leídos en el Ateneo Obrero de Gijón días pasados de este mes de diciembre. Desde aquí lo dedico a mis oyentes—hoy mis amigos—, pues a petición suya se escribieron estas consideraciones sobre la novela y novelaría.

V OY andando en la oscuridad. Me lleva el empuje suave de otro cuerpo que siento junto al mío, detrás del mío, a mis espaldas; apretado contra mi cuerpo para adentrarlo en la oscuridad en que le guía, mientras dos manos me oprimen blandamente el rostro, sobre los ojos, para impedirme abrirlos. El cuerpo que se apoya sobre el mío, al andar, me conduce entre las tinieblas, enroscando laberintos de sombra con sus pasos, que dirigen los míos; me conduce y enreda o enmaraña, a la vez, laberínticamente, en lo oscuro: me entraña en su misterio. La mano que me ciega, me guía. Las manos que vendan tibiamente mis ojos. Unas manos de niña. Me llevan lentamente, levemente, con cauto andar, por entre tinieblas conocidas, familiares, caseras. A veces, un olor, un ruido, un fugaz destello luminoso, entreverado o entrevisto por la rosada sombra, bastan para hacérmelas reconocer, desnudándome su secreto. Aquí sospecho una habitación. Allí otra. Esta es una alcoba que adivino por el

ámbito claro de su silencio. Aquélla es otra que reconozco por su tibieza o su perfume. De pronto, es el roce inesperado de un cortinón, delator de un pasillo. Cuando no, es una sensación más vaga de humedad, de calor o de frío... Es difícil perderse. Seguimos la marcha, sin embargo, tejiendo cada vez con más empeño el laberinto de perdición querida. Una vuelta atrás repentina, un brusco detenerse, puede romper el hilo, orientador aún por el recuerdo, de lo conocido. ¡Qué honda, voluptuosa sensación entonces! — Surge espontáneo el: ¿dónde estoy? ¿Será posible que empiece a dudarlo de veras? ¿Que empiece, de veras, a perderme? — Seguimos avanzando y retrocediendo, enredando el ovillo, intrincándonos más y más en el laberinto del juego. Queriendo que la perdición entrañable pueda sucederse de veras.

Así quieren perderse los dos niños que, juntos, andan en este juego toda la casa: deseoso, el uno, de que la oscuridad le trague por completo, como un sueño; y, el otro, deseoso de poder despertarle de repente con su “¿dónde estás?” definitivo, quitándole las manos de los ojos para que, abiertos a la sorpresa, resulten momentáneamente engañados. Y a medida que esto sucede, a medida que pueden sentirse perdidos como en un bosque inmenso en la

maraña turbulenta y tenebrosa con que fingidamente, caprichosamente, envuelven alcobas y pasillos: a medida que este pueril y tan profundamente humano afán de perdición les tienta, algo misterioso y secreto late en el corazón de su niñez que presiente ya toda su vida. Por eso, así estrechados oscuramente en tan claro juego, han podido sentirse unidos por el juego mismo como por el amor o por la muerte: y se ha precipitado el latir de sus corazones golpeándoles el pecho. El niño lo ha sentido a sus espaldas, guardadas como por el apoyo firme y tierno de un seno materno; la niña lo siente entre sus manos, en los ojos que ciega, como el tacto filial, brutal y dulce, de un cuerpo de pájaro asustado.

Engaño y desengaño a los ojos. Engaño y desengaño al corazón.

1

Jugamos a perdernos, de niños. Jugamos a perdernos toda la vida. El hombre lleva en lo más intrincado de su ser ese puro afán de perdición eterna. El hombre juega porque jugando pierde; o puede perder algo y perderse algo a sí mismo con el juego. El hombre juega porque pierde; si no, no jugaría. Cuando quiere ganar es para poder perder más aún: para perder más y más, siempre. El hombre busca su perdición en el juego como en todo. Y no siempre la encuentra.

Es difícil perderse. Aquel mismo niño que jugaba a perderse en lo oscuro de su realidad más entrañable, pero más conocida, la de su propia casa; aquel mismo niño, pasado el tiempo, le vemos, ahora, sentado ante una mesa — o más cómodamente en un sillón o tumbado en la cama —, y a la luz del día o de la lámpara encendida de la noche, pero a una luz muy clara, le vemos ahora leyendo un libro, una novela. ¿Qué busca en su lectura? ¿Busca su perdición aquella de cuando niño; busca su

perdición de hombre? Quiere olvidarse, perderse por completo en la novela, enterándose de ella o entrándose por ella, como por el amor, como por un soñado laberinto: para perderse en él, para no encontrar nunca la salida. La novela que así le asume por entero (por entero y por verdadero) no quisiera él que terminase nunca. Quisiera que fuera como un cuento de nunca acabar. — El cuento de nunca acabar es el secreto corazón de toda la noveleería. Es el nunca acabar del todo de perderse. Un verdadero laberinto. El cuento de nunca acabar es un laberinto. La finalidad del laberinto no es la de encontrar su salida, sino, al revés, su entrada. Salir es renunciar al laberinto. No es perder ni ganar el juego, es no jugar. Es que el juego *no valga*. Es el juguete roto. Al encontrar la salida del laberinto ya no se pierde uno: se pierde el laberinto. Del mismo modo la finalidad de la novela sería no tenerla. Su fin no tener fin. Como la finalidad de la vida no es morir, es nacer, o es haber nacido. El cuento de nunca acabar se nos hace, por eso, el cuento de nunca morir, de vivir siempre.

Vivir, pensamos, es querer perderse uno en todo y por todo. Cuando se lee una novela se quiere vivir más todavía: o sea que se quiere uno perder más todavía: más y, acaso, mejor.

Y es difícil perder; es difícil perderse. Pero es más difícil encontrarse sin haberse perdido.

El hombre se encuentra naturalmente en aquello mismo en que se pierde y por aquello mismo que le pierde. Hay quien se pierde en unas cosas o por unas cosas y quien por otras. Hay quien se pierde por leer novelas. Dejadle que se pierda. Dejadle que las lea. Porque solamente se encontrará leyéndolas. Don Quijote se pierde por las *caballerías* y por las *caballerías* se encuentra. Y esa fué su aventura: su ventura; el haberse perdido por encontrarlas y el haberse encontrado por perderlas.

Cuando nos llega el *¿dónde estás?* del juego infantil de perderse, abrimos los ojos sorprendidos. Sorprendidos de todo lo que nos rodea, sorpresa que es la misma en el error que en el acierto. Pues todo lo que nos rodea, aunque nos fuese conocido, ha cambiado para nosotros de repente, al reconocerlo. Ha cambiado de razón, de sentido. Se nos ha hecho de nuevas. Y es que hemos desentrañado de nuestro laberíntico mundo de la sombra, hemos dado a la luz, todas las cosas, nuevamente. Haciéndolas de nuevo al hacernos de nuevo. Haciéndonos de nuevas, verdaderamente, por ellas. Pues cada noche por el sueño, por el laberinto del sueño, ¿no nos sucede también lo mismo? *Yo nazco todas las*

mañanas — dijo el poeta —. Cada día somos recién nacidos de la sombra: dados a luz de nuevo. *Hay que hacerse de nuevas* cada día. El hombre es su novedad permanente. La vida, la existencia del hombre, ¿no es su más verdadera novelería?

Pues esto sí que es asombroso: lo más asombroso, lo maravilloso de veras, lo sorprendente: que la sabiduría, el conocimiento del hombre, empiece, como decían los griegos, en la sorpresa, por el asombro, por el poder hacerse el hombre, verdaderamente, de nuevas. Empieza, y tal vez acaba, por el asombro, por la maravilla, todo el verdadero conocimiento del hombre. El conocimiento poético y el novelesco. Del hombre: *la flor de la maravilla*. Del hombre, *lo que va de ayer a hoy*. Apenas sombra de sí mismo.

... *A la maravilla dió
ese nombre el descubrilla*

— dice Calderón.

A la novela, también dió ese nombre el descubrirla, el inventarla. La novela también es *lo que va de ayer a hoy*: un sueño entrañado en el laberinto de la sombra; por eso no es, tampoco, ni siquiera sombra de sí misma: por eso es, también, *la flor de la maravilla*.

Por eso no importa demasiado, no debe importarnos demasiado, la evolución histórica de la novela; como no nos importa tampoco mucho la evolución histórica del hombre. (Ni el saber lo que es eso.) En cambio, importa mucho, nos debe importar mucho, la maravilla humana de la novela, la sorpresa viva, novelesca, del hombre. Porque lo que importa del mundo humano no son sus evoluciones aparentes, sus mentiras históricas; sean las que sean, pasajeras, engañosas. Lo que nos importa del hombre son sus evoluciones reales, sus revelaciones poéticas — sean las que sean, verdaderas, permanentes. Lo que importa del hombre es su revelación eterna, que es su revolución constante. El hombre siempre nuevo.

2

Cuentan — y será cuento — que interrogado nuestro novelista y novelero Valle-Inclán sobre su parecer acerca de una ciudad mediterránea — creo que Barcelona —, contestó don Ramón con estupefacción de sus oyentes: que era una ciudad llamada a desaparecer.

Esta respuesta apocalíptica, quiero decir reveladora de quien la da, es tan reveladora, en efecto, como puede serlo aquella famosa afirmación de un tiempo, tiempo de superstición positivista, en que se decía que *la forma poética estaba llamada a desaparecer*. Yo no sé si esto se ha llegado a decir de la novela, ni siquiera sé si se ha pensado. Pero algo de esto les andaba rondando a muchos que pensaban que la novela era una especie de superstición literaria y antipoética. Y también a muchos de los que nos hablan de *la crisis de la novela*. Menos, quizás, a los que formulan su interrogante hablándonos del *problema de la novela*.

¿El problema de la novela? Más bien que problema, cuestión. No es lo mismo cuestión que problema. Cuestión y *cuestión palpitante*.

Pero cuestión o problema, lo es permanente. Mientras haya novelas en el mundo. Mientras haya mundos de novela. Y los hay en tanta cantidad que aunque dejaran de producirse o reproducirse más (cosa difícil, pues el de la novela es el género más prolífico que conozco: ¡como que no es género, es especie!), aunque no se escribiesen ya más novelas en el mundo, ni aun más de las que se han escrito, de las que hay, todavía tendríamos novelas y novelaría para rato. ¡Si apenas si tenemos tiempo

de leer un poco despacio, en toda nuestra vida, a media docena de grandes novelistas!

Es de esperar que el fin del mundo le coja al hombre todavía leyendo y escribiendo novelas. Y aludo al fin del mundo porque, en cierto modo, el fin del mundo se nos reveló revolucionariamente y no evolutivamente, por Cristo, según San Juan, en poesía y no en historia; en una *apocalipsis* o revelación revolucionaria que tiene mucho de novela, de novelería; por lo mismo que no tiene nada de historia: es decir, por lo mismo que no tiene nada de mentira y sí mucho, *todo*, de verdad; de verdad totalizadora, de verdad como un templo: de verdad poética o de verdadera poesía. El Apocalipsis de San Juan es *una verdad como un templo*: por eso no hay manera de entenderlo; no hay ninguna manera racional de entenderlo: ninguna manera racional, sí, intuitiva, poética. El Apocalipsis es, por lo mismo, el más puro e impuro, el más extraordinario y sublime libro verdaderamente poético que se puede leer en este mundo, en éste, nuestro mundo, llamado a desaparecer. Pues en este libro de San Juan, se llama a desaparecer al mundo: y de eso precisamente es de lo que trata, de lo que se trata, de la llamada a desaparecer del mundo. De un mundo que se llama, se nombra por ser así llamado según San

Pablo: mundo, apariencia verdadera. Pues por ser el mundo aparente, por ser verdadera apariencia, es por lo que puede desaparecer. Lo que ni siquiera ha aparecido, mal puede desaparecer. La novela, el mundo de la novela, también puede desaparecer, puede ser llamado a desaparecer. Y la novela puede ser llamada, puede estar llamada a desaparecer no por ser novela, sino por ser mundo; por ser un verdadero mundo; una verdadera apariencia. Por esto, la novela se nos ofrece, se nos manifiesta siempre, revolucionariamente, de este modo: como revelación o aparición. Como se manifiesta el mundo, al final — según el apóstol —, para ser juzgado. Cada novela es la manifestación de un mundo, llamado a desaparecer, y que antes de desaparecer quiere aparecer, comparecer: y aparece, comparece en efecto, solicitando, esperando, ser juzgado. En cada novela, en cada mundo de novela — apariencia, mundo del hombre — hay implícito un juicio final: el juicio final de un mundo humano; el juicio final del hombre mismo. Por eso, cada novela es una cuestión o un problema diferente; cada novela, que lo es, es un mundo aparte puesto en cuestión; es, en sí misma, y por sí misma, su propia cuestión, su propio problema.

Por eso decía que la novela es más bien cues-

ción que problema. Porque no siempre solicita ni espera solución. Desde luego, no ajena a sí misma. Sí, en cambio, espera, solicita, una respuesta de nuestra parte; aunque esta respuesta nuestra, este nuestro juicio, no tenga por qué serlo de un modo abstractamente racional o racionalmente definitivo, como parece que implica siempre la resolución de un problema. Esta respuesta puede serlo de modo que no exija racionalmente el asentimiento o la repulsa: como en el amor, como en la poesía; que no los exprese, de un modo definitivamente abstracto, ni racional.

El problema de la novela se nos hace, entonces, el problema de los problemas de las novelas; la cuestión de las cuestiones novelescas; el problema o cuestión, vivísima, de la novelería.

3

Un periodista español del XIX que prologó, a su decir filosóficamente, la famosa Tauromaquia de Montes (Paquiro), decía en aquel estupendo prólogo, entre otras no menos estupendas cosas, ésta:

que un hombre con la muleta en la mano delante de un toro, no es un problema: es una atrocidad.

Yo estoy por decir que un hombre que escribe una novela o que la lee — que tan novelista es el que la escribe como el que la lee, tan novelero —, no es un problema, ni la novela que lee tampoco: es una atrocidad. Porque del mismo modo que el hombre, por juego, se pone ante la muerte para burlarla, y es atrozmente crítica su situación en ese trance; también es atrozmente crítica la situación del hombre que, por el reflejo imaginativo de su propia novelería, se encuentra situado ante sí mismo entre esos dos abismos mortales de su propio ser o conocimiento de su ser, en que la apariencia del mundo le manifiesta. Por la revelación cristiana de San Juan — por el Apocalipsis — nos aparece el hombre — el conocimiento del hombre — situado entre dos abismos: el hombre se conoce a sí mismo de este modo, suspendido entre dos abismos inmortales: uno de luz, otro de sombra; el abismo del conocimiento divino y la sima del conocimiento satánico. — Al morir el protagonista de la famosa novela de Fogazzaro, *El Santo*, nos dice el novelista que *salió del torbellino del mundo para entrar en el torbellino de Dios*. — A estos dos abismos vertiginosamente tiende la voluntad de perdición del

hombre: a perderse en *el torbellino del mundo*, que es la sima oscura, mortal, infernal, del conocimiento satánico, o a perderse en el abismo inmortal, celeste, luminoso, del conocimiento divino: *en el torbellino de Dios*. Pero a perderse, aparentemente, de todos modos. A responder con su propia vida, con su propia persona, con su propio ser, a esa novelesca *llamada a desaparecer* a que el mundo, su propia apariencia mortal, le tiene destinado, o predeterminado.

La cuestión atroz de la novela es ésta: que obligue al hombre para encontrarse a tenerse primero que perder. Y ésta sí que es trágica burla: como la del torero con el toro. Burla a vida o muerte definitiva. Por eso decíamos que la novela es siempre para el hombre un revelador juicio final. La verdadera novela, como la verdadera filosofía, según Pascal, es la que se burla de la novela. La verdadera novela, diríamos mejor, se burla de la novelería. Así, la más verdadera novela del mundo nos parece el *Quijote* — el *Quijote* como novela y no Don Quijote, personaje, entre otros muchos no menos importantes que él, del libro, de la novela de Cervantes —. Y digo que el *Quijote* nos parece la más verdadera novela del mundo, no como afirmación ditirámica, sino como exacta definición. Pues el

Quijote es la novela que mejor verifica la manifestación o revelación del mundo, como lo que es, como tal mundo, como tal apariencia reveladora. El *Quijote* es la novela que se escribe para burlar la novelería — no para burlarse de ella —. Y la burla, en efecto, aprisionándola, enjaulándola, encerrándola en un laberinto de razón. De razón de soñar. El hombre siempre tiene razón de soñar. — Decía Chesterton que el loco es el hombre que lo ha perdido todo, menos la razón. — En este sentido, pudiera decirse que el novelista — escritor o lector de novelas — es el hombre que se ha perdido en todo menos en el sueño, donde encuentra una perdición laberíntica, entrañable, que le refleja por entero, y en múltiples facetas, como en un laberinto de espejos, la imagen de su propia razón de soñar. Y pudiera decirse, en efecto, que si el sueño de la razón, engendra monstruos: la razón de soñar hace laberintos que los encierra, que los enjaula, que los aprisiona. La razón de soñar hace novelas. La novela es un laberinto que aprisiona al monstruo de la novelería. Y eso es el libro de Cervantes; eso es toda novela verdadera: un laberinto con monstruo dentro, como el laberinto inmortal: un *monstruo de su laberinto*, que diría Cal-

derón, quien llamó *sueño* a la novelería del vivir.
Al quehacer novelero de la vida.

*y si haremos
pues estamos en mundo tan singular.*

Mundo tan singular, este en que estamos, que en él, *el espíritu* — como decía Emerson — *se construye su casa como quiere; pero cuando la ha construido se queda prisionero dentro.* Mundo tan singular el de la novela, pues en él el monstruo de la novelería construye su laberinto como quiere; pero cuando lo ha construido se queda preso dentro. Y no hay novela sin novelería. Lo que puede haber es novelería sin novela. ¿Y qué vivo monstruo será ése? A ese monstruo le reconoceremos fácilmente, según las épocas, por diferentes nombres. Ya le hemos nombrado aquí una vez: eran los *libros de caballerías* para Cervantes. En el siglo XIX se llama el folletín; después, en el XX, la novelería de aventuras, sobre todo, las policíacas, la novela policíaca. Pero en el siglo que vivimos, nace otro maravilloso monstruo de la novelería, verdadero monstruo de la Fortuna: el cinematógrafo.

Podríamos, pues, entendernos, para abreviar, diciendo que el *Quijote* es un libro que se ha escrito

contra el cinematógrafo, o contra la novela policiaca, o contra el folletín. Depende del tiempo en que se lee. Y hubo un tiempo (siempre lo habrá, ese tiempo) en que le dió a los escritores por exaltar la novelería pura, el monstruo en libertad, desdenando sus aparentes jaulas vacías, las novelas. Fué esto una justa reacción justamente provocada contra las falsas novelas literarias: laberintos sin monstruos vivos, jaulas vacías; novelas sin novelería aprisionada dentro. Y es natural que así proteste el lector de novelas al encontrarse escamoteado su interés, su más vivo afán novelero. Porque no hay novela sin novelería, decimos. Pero no basta esto: es preciso que el monstruo esté vivo dentro de la armazón poética que le encadena. Al monstruo hay que cogerlo vivo.

En un reciente libro de Maurois sobre algunos novelistas ingleses, se sugiere, por el título que los reúne: lógicos y magos, esta dualidad que vengo señalando. La novela tiene su magia y tiene su lógica. Tiene su razón y su ilusión.

Distingamos.

Porque si el Diabolo es buen lógico, como es proverbialmente sabido, es todavía mejor mago: es *mágico prodigioso*. Y no hay que volver así del lado satánico del conocimiento del hombre la sorpresa

de la novela, todo el arte de la novelería. No. La novela no es un milagro del Diablo. Aunque, muchas veces, y a primera vista, lo puede parecer.

Claro, que la novela romántica se inclinaba mucho de este lado, se dejaba caer en el hacer, o en el decir: *hágase el milagro y hágalo el Diablo*; hágase la novela y hágala el mismísimo demonio si quiere, o si puede. Y, efectivamente, no pudo. Los milagros del Diablo son trampas. El Diablo no hace milagros, hace trampas. Ya veremos cómo la corrupción y degeneración novelesca suele aparecernos como una verdadera trampa.

El milagro de la novela es el sostenerse en equilibrio vivo entre las dos simas, que dijimos, del conocimiento del hombre. Entre el conocimiento de los abismos de Dios y el de los abismos de Satán. Entre el Cielo y el Infierno. El milagro de la novela, que es el milagro vivo del hombre — del hombre que nos ha legado el cristianismo, del verdadero hombre que somos —, es el milagro de este mundo suspendido entre el Cielo y el Infierno, y, a la vez, la convivencia o yuxtaposición humana de lo uno con lo otro; el milagro de la novela es hacer lo que llamaría el enorme místico inglés, Blake, *las bodas del Cielo y del Infierno*. Este milagro humano, vivo, espiritual, monstruoso y laberíntico de la

novela, se nos revela o aparece, de una sola vez —de una sola vez para siempre— como verdadera, apocalíptica revelación, en efecto, de un mundo clarísimo, luminoso, transparente y superficial — profundamente superficial —, cuando leemos a Cervantes; de un mundo misterioso, sombrío, oscuro y profundo — superficialmente profundo — cuando leemos a Dostoyewski. Estos dos mundos de novela, polarizan, a mi entender, las dos máximas corrientes espirituales de toda la novelaría del mundo. Nos detendremos, pues, un poco, en examinarlos.

4

Quiero destacar una frase, espigada al azar de una lectura del *Persiles y Segismunda*. Es una frase aquilatada, quintaesenciada, agudísima; una leve frase cervantina:

El alma ha de estar, dijo Periandro, el un pie en los labios y el otro en los dientes; y añade: si es que hablo con propiedad.

El alma ha de estar, el un pie en los labios y el otro en los dientes. Como la voz. Como la len-



gua. O como la voz por la lengua. *Si es que hablo con propiedad*, se añade. Y yo añadiría que *el alma que está con un pie en los labios y el otro en los dientes* es precisamente la misma propiedad humana de hablar. Es la voz instrumentada por la lengua, o enmascarada de sentido, tocada de lenguaje, encarnada en la lengua o por la lengua, en pura sensación. Es el lenguaje vivo del hombre. Es, efectivamente, un alma que quiere salir, escaparse, por la boca. Y, muy probablemente, en Cervantes, para entrársenos por los ojos. Es, en una palabra, la palabra: la palabra viva, creadora, reveladora; la palabra poética.

Si examinamos el lenguaje cervantino, advertiremos en seguida que lo que menos vale en él es lo que llamaríamos su corporeidad auditiva. El *cuerpo de su voz* es tan inconsciente duendecillo sutil que si nos entra por un oído es para salirnos por el otro. En cambio, es extraordinario, milagroso, en este lenguaje, el poder pictórico de su plasticidad imaginativa, visual. Cervantes, y esto es sobrado conocido, lo mismo cuando escribe en prosa que en verso, suele *sonar* muy mal. El milagro de la palabra cervantina no se verifica en el tiempo, sino en el espacio, luminosamente. Es, por así decirlo, una palabra creadora, la suya, de na-

turalidad eminentemente visual, teatral, aparente; y aparente con una evidencia reveladora. Este plástico mundo novelesco animado por la palabra cervantina, trasmutado por el mágico poder de la palabra en un mundo verdadero, de pura forma aparente, de viva animación humana; este mundo maravilloso es, o se hace, así, de una realidad inequívoca, para nosotros: esto es, de una apariencia que no engaña. Las apariencias no engañan nunca en este mundo novelesco teatral de las novelas de Cervantes. Como no engañan en el teatro. Porque en él la palabra, el lenguaje imaginativo, es máscara y es voz. Y quizás no haya otra cosa que eso en este mundo novelesco cervantino: la máscara y la voz. Ved si es que hay en Don Quijote algo más que esto: una máscara y una voz: un alma. Máscara y voz, tan puras de sentido que parecen encarnarnos, ante los ojos, el alma misma de todo lo que llamamos mundo: la apariencia en persona. Y digo expresamente en persona y no en hombre, porque la personalidad es ya una máscara del hombre, una apariencia humana. En Don Quijote se nos representa, en la figura o con la figura que Cervantes llamará triste de un caballero andante, en la *triste figura* de Don Quijote se nos representa el alma de la novelaría: el alma y el cuerpo; es la novela

en cuerpo y alma la suya: la máscara y la voz del Mundo. El alma en carne viva de apariencia: *el alma que está con un pie en los labios y el otro en los dientes.*

Si Don Quijote nos parece, o se nos aparece, como la máscara y la voz del mundo — el alma y el cuerpo de la novelería o la novela en cuerpo y alma: la novela en persona —, esto quiere decir que la novela de Cervantes y que la novela para Cervantes, es un pequeño mundo teatral, un pequeño teatro del mundo: *un retablo de las maravillas; un engaño a los ojos.* Y eso a la vista está. Salta a la vista desde que empezamos a leerle. Don Quijote, como toda la novelería cervantina, se nos entra por los ojos amorosamente por esa viva animación que le verifica en la figuración plástica, visual, que tan maravillosamente le expresa.—Advertid, al paso, que ni a Don Quijote ni a ninguna figura de este mundo pictórico de Cervantes se las ha podido pintar ni dibujar con exactitud, ni siquiera con aproximación: ni teatralizar, tampoco. Como que están plasmados por la palabra en imágenes tan perfectas que trasladar su poderosa, casi alucinadora representación en otro lenguaje poético es imposible. — *El engaño a los ojos* (título que es lo único que guardamos de una come-

dia en que Cervantes ponía todas sus esperanzas) no es, fijaros bien, un engaño *para* los ojos: es todo lo contrario; es el engaño que *salta a la vista*, inmediato; que se manifiesta o revela como tal engaño; es la *apariencia que no engaña*, como decíamos: es, en definitiva, el teatro, la máscara. La máscara y la voz del mundo, es el mundo mismo, sin engaño. Es la revelación del mundo. La novelería de Cervantes es tan profundamente verdadera por ese modo tan puro, tan exacto, que tuvo de ser verdaderamente superficial. Porque el alma para Cervantes, auténtico cristiano, es soplo animador del mundo, espíritu amoroso que lo expresa, manifiesta, revela, envolviendo o enmascarando imaginativamente, superficialmente, por fuera, su corporeidad monstruosa; dándole forma, razón y sentido. El nombre bautismal de Alonso Quijano es el que le hace persona cuerda, el que le viste o enmascara de cristiano, de hombre que tiene un alma inmortal. Y este Alonso Quijano, persona cuerda desde un punto de vista religioso, que era el punto de vista de Cervantes, persona animada, hombre personalizado o enmascarado de esta especie de razón de ser — que es también razón de soñar —, se enajena a sí mismo, se sale de sí mismo, se desenmascara de su alma, de su nombre — de su sue-

ño —, para enmascararse de otros: los de Don Quijote; cambia de traje — de tragedia —, trueca de vestido, de disfraz; y a trueque de perderse a sí mismo, se pone fuera de sí mismo, y entusiasmado, es decir, endiosado de caballerías — esto es, de novelerías, de su propia novelería —, se traiciona a sí mismo; o sea, que deja de ser el que era para ser, para hacerse otro: se separa, se desliga de su propio mundo para entrar en otro, acaso impropio de él. No se disfraza Alonso Quijano de Don Quijote; no está dentro de Don Quijote, Alonso Quijano; al contrario, está fuera; dentro de Don Quijote no hay nadie, ni nada: es el vacío, la vanidad humana de Quijano la que encierra esta triste figura del caballero: un poco de aire en que alienta una voz; voz que, ahuecada por la máscara, por el vacío de la máscara, resonará hasta el cielo como un grito, revelándonos a voz en grito el secreto de la vanidad quijotesca, secreto a voces, en Cervantes, de toda la novelería. El secreto a voces del mundo, que es su vanidad. *El engaño a los ojos.* Y cuando Quijano recupera su verdadera faz, la de la máscara cristiana de su alma, su personalidad de cristiano, la persona mortal de su otro nombre: *verdaderamente está cuerdo y verdaderamente se muere. Con un pie en los labios y el otro en los*

dientes, se le va el alma, la fuerza del alma, por la boca.

Al verdadero novelista que fué Cervantes, como al personaje de su libro, toda la fuerza, toda el alma, se le iba por la boca. Se le iba por la boca toda su fuerza animadora del mundo: la palabra. Pues, como el charlatán de su retablo maravilloso, evoca las imágenes del mundo ante nosotros con tal viveza, con tal fuerza viva, que nos las mete por los ojos a viva fuerza, milagrosamente: sin que las veamos, viéndolas. Mas, este engaño sin engaño, este visto y no visto sorprendente, no se funda como en el famoso teatrillo en una mentirosa afirmación nuestra, sino en una verdadera negación suya. La negación del hombre sin nombre, del hombre sin máscara: del hombre sin personalidad; negación fundamentalmente cristiana; negación que afirmará, en cambio, por la burla y para la burla, en una comedia casi contemporánea del *Quijote*, el antípoda dramático del quijotismo, el burlador, Don Juan.

No hay hombre sin nombre en el *Quijote*. El protagonista y muchos personajes tienen dos. El autor mismo tiene dos. No hay hombre sin nombre para el cristianísimo Cervantes. No hay hombre sin alma. No hay hombre sin máscara, sin disfraz.

Por eso entre Alonso Quijano y Don Quijote no cabe nada, no cabe nadie, no cabe hombre alguno; por esto, porque cabe todo entre ellos: todo un mundo; cabe toda la vanidad del hombre, toda la vanidad de vanidades del mundo. Y por eso, *este mundo*, para no engañarnos, se nos revela como engaño. ¡*Engaño a los ojos!* ¡Pues está claro! ¡Qué maravilloso retablo teatral nos muestra, de este modo admirable, la novelería cervantina!

Este mundo maravilloso de las novelas de Cervantes, en que tan superficialmente espaciadas, en tan clara atmósfera de aire, de luz, se nos muestran todas las cosas, animadas de este modo amoroso por el poeta que las enmascara, por así decirlo, de alma, para evidenciárnosla mejor; este mundo maravilloso, se nos manifiesta, por eso, más que como un mundo moral como un mundo animado por una íntima religión o unión invisible de todo: por una amorosa coherencia y total armonía. La última palabra de este mundo—la última palabra de Cervantes sobre la novela, sobre el mundo—, es ésta: *desengaño*. Pero entre tanto—y todo es *entre tanto* en las novelas, todo es *entre tanto* en el mundo— ¡ah! entre tanto, se nos mete el mundo, así amorosamente animado por la palabra, se nos mete este mundo, maravillosamente, por los ojos; como una

risa: como una clara risa. Porque el desengaño de este mundo, de estos mundos—de todos los mundos de Dios—, acaba en eso, precisamente: en risa; porque acaba en Dios. Donde acaba el mundo para el hombre, empieza el mundo para Dios. O por decir mejor: donde acaba el mundo del hombre empiezan los mundos de Dios. Esto, cristianamente, lo creía, lo esperaba Cervantes. Y por eso escribió como escribió. Por eso construyó tan claramente el laberinto de la novelería: el arte poético de la novela. Porque si la novela es mundo humano, la poesía es mundo divino. La poesía está siempre *del lado de allá*. El mundo de la novela acaba donde empieza el mundo de la poesía. El fin del mundo de la novela—su revelación—es el principio del mundo de la poesía. Donde acaba el *Quijote*, justo donde acaba el *Quijote*, empieza el *Persiles y Segismunda*.

5

Cervantes, que se conocía muy bien a sí mismo, y sus cualidades de escritor, creyó, seguramente, que el *Persiles y Segismunda* era su obra maestra.

Quizás llegue algún tiempo en que la crítica lo reconozca así. Por mi parte quiero confesaros que es y ha sido siempre el libro de Cervantes que he preferido y leído con más gusto.

En esta novela alcanza la invención cervantina una insuperable perfección; por eso se eleva y trasciende de lo novelesco a lo poético, bordeando sus fronteras, como si realmente aquella estupenda escapada de su creador a las regiones hiperbóreas, le hubiese trasmutado el sentido de lo real. No se vuelve de la isla de Tule, y de sus mares circundantes, lo mismo que se ha ido. Puedo deciros, por experiencia personal, que a la lectura del *Persiles* deba, acaso, la más pura resonancia espiritual que en mí tuvo el cotejo real de sus paisajes. La sensación de que nos fingen, a la mirada, una región vecina de la muerte, cercana de Dios. (*Puesto ya el pie en el estribo...*)

No se si alguna vez la crítica habrá señalado la diferencia, para mí esencial, entre la España de la segunda parte del *Persiles y Segismunda* y la del *Quijote*. No es ahora ocasión de extenderme en ello. Pero quiero dejar señalado a la curiosidad del lector esta referencia.

Y otra, que confirma el planteamiento de la cuestión novelesca, como vengo haciendo, en un

mundo humano, cristiano, suspendido entre dos abismos: el celeste y el infernal. *Desde el cielo, a través del mundo, hasta el infierno*, se nos dice en el *Fausto* de Goethe. Y Goethe, verifica esta afirmación al contrario que Cervantes, descendiendo de la poesía en ese admirable libro fronterizo de *los años de aprendizaje de Wilhem Maister*, donde con melancólica serenidad se cuenta una vida, impregnada todavía, al novelarse, de puras esencias poéticas. La poesía, decía Novalis, que contradujo admirablemente el libro de Goethe, con otro suyo, *la poesía resuelve todas las existencias ajenas en su existencia propia*.

Yo quisiera comunicaros mi gusto y preferencia por la lectura de un Cervantes que hace de la novelaría este juicio final en beneficio de lo poético: esta especie de testamento religioso, que afina la melancolía y el desengaño en nueva transparencia de esperanzas. Mi gusto por el *Persiles y Segismunda* llega hasta recordarme a Dante; pues yo afirmarí que esta novela a lo divino de Cervantes merece llamarse, sin parodia, mucho mejor que la de Balzac: *la comedia humana*. Todo el clásico mundo de la novela cervantina merece verdaderamente este título.

6

Si me detengo en el examen de la novela cervantina—y aún no tanto como quisiera—es porque en ella se verifica con ejemplaridad nunca superada la realización íntegra de la novelería como arte poético de la novela; esto es, de lo que he empezado por llamar la revelación permanente de la novela, como revelación de un mundo, como revelación del hombre, como revelación del mundo del hombre. Y esta revelación se hace, a mi entender, como toda revelación humana, de un modo enteramente revolucionario. Porque se genera en el espacio la figuración reveladora, diríamos que como la figuración geométrica, engendrándose en el propio movimiento revolucionario que imaginativamente la expresa.—Como Minerva, naciendo entera y verdadera de la frente de Zeus.

A mi parecer, no es un hecho insignificante el de que la novela cervantina, esta clásica generación de la novela española, se fundamente y origine en el pueblo español. Como se hizo en el teatro, también inventado de este modo, revolucionariamente, por Lope. No. Los pueblos se expresan en la historia de modo efectivo, es decir, eficaz, cuando lo hacen revolucionariamente: porque únicamente

por la revolución popular tiene efectividad y eficacia la voz popular. Los pueblos no han tenido nunca en la historia otro modo de hacerse oír, y de hacerse entender, más que ése: el de la voz en grito revolucionario: la voz en grito de la sangre; el clamor de su propia sangre vertida. Y por eso la voz popular es voz divina. Voz y no voto. Porque la revolución, en definitiva, es Dios. Pues, con perdón de los teólogos, Dios puede representárenos, popularmente, como la revolución en persona: o sea, no solamente como la proverbial voz del pueblo, sino, también, como su máscara divina. En la novela de Cervantes, como en el teatro de Lope, podríamos encontrar la clave de esta afirmación que, a primera vista, puede parecer peregrina: Dios es la revolución en persona dramática de pueblo. Como el Diablo, en definitiva, es la contra-revolución impersonal; pues la negación le pertenece siempre. El Diablo es y ha sido siempre el verdadero *Enemigo número uno*. No hay que quitarle el título. Pero no el enemigo del Estado, no; el estadismo, como el nacionalismo, como todas las reacciones antipopulares, son cosa suya. El Diablo es, ha sido y será siempre, porque lo es por definición: *el enemigo del pueblo*. Enemigo, repito, impersonal, zigzagueante, serpentino.

La generación clásica de la novela, y su realización en nuestro Cervantes es generación popular, y por consiguiente, revolucionaria, como la del teatro de Lope. Porque ambas se proyectan por la palabra, proyectando esta palabra divina de la comunión popular, en un mundo imaginativo que refleja o espeja la razón de soñar del hombre que fué la razón de soñar de un pueblo entero. Entero y verdadero. Porque ambos, Cervantes y Lope, especulan, con esta verificación poética del teatro y la novela, de modo equivalente, correlativo. Por eso, por paralelismo, no se encontraron nunca; a pesar de ser simultáneos en el empeño. Pues los dos provienen de una misma fuente común—a que sólo puedo aludir ahora para no eludirla—: *La Celestina*.

Cervantes, decíamos, ha teatralizado la novela, enmascarándola de claridad, de claridades espaciales; animándola de tan superficial revelación formal que nos evidencia el mundo humano, la voluntad de nuestro mundo humano, en una representación maravillosamente ejemplar: por desengañada del hombre.

Lope, dije en otra ocasión, ha desenmascarado el teatro, lo ha novelado en cierto modo, lo ha integrado o entrañado de novelería, de novelerías, para intrincarlo en el laberinto de los tiempos, dan-

do a sus apariencias formales el desengaño revelador de la estrellada, la apariencia eterna de esa música de los astros, que, como mensajera de la fe, nos entra hasta el corazón por los oídos: el gran desengaño de Dios.

Y estos dos mundos españoles que señalamos: el de la novela teatralizada de Cervantes, el del teatro novelero o novelado de Lope—el ciclo entero de este teatro desde Lope hasta Calderón—; estos dos mundos imaginativos, nos llevan a la conclusión que enunciamos desde el principio: el monstruo de la novelería, el sueño de la razón humana, se expresa o manifiesta o revela, por su propio movimiento revolucionario, engendrando, construyendo, haciendo de su propia razón de soñar, un laberinto, un verdadero laberinto, un claro, luminoso, transparente laberinto racional.

Y en esta dualidad, en esta conjunción, radica y se alimenta su dramatismo. La savia terrestre de su pasión humana enciende y riega, como la sangre, el natural frondaje que se arraiga, luminoso, en los aires, en los cielos. Como la figura de un árbol vivo, la novela clásica de Cervantes, nos enseña su presencia en el paisaje, a la altura de nuestros ojos, sin que apenas tengamos que levantar la vista para conocer su maravilla. Los cavadores del

romanticismo, ahondarán a su alrededor una fosa sangrienta, para revelarnos el mundo invisible de las raíces que le sustentaba en el suelo. *El engaño a los ojos* de Cervantes, después de tres siglos de novelerías y de novelas en el mundo, se nos va a hacer, por Dostoyewski, un engaño al corazón: el engaño al corazón.

JOSE BERGAMIN

Un ejemplo de vitalidad poética

«La Fábula de Genil»,
de Pedro Espinosa

*Metamorfosis de ríos. – Historia de Genil.
Elementos provenientes de la poesía latina
en la Fábula de Espinosa. – El paisaje sub-
acuático, gran invención de Espinosa. Am-
biente y vocación granadinos. – El estupor,
virtud poética de Espinosa. – Rastro de la
fábula. Los críticos. Los poetas.*

NO era empresa nueva en nuestra poesía fingir toda una fábula de transformaciones a la manera de las ovidianas, para inventar poéticamente el origen de un río, o contar su fingida historia bajo la especie de estas fábulas de metamorfosis. Los mitos más habituales de los ríos consagrados en los versos de los modelos latinos más ilustres, se refieren a los de nuestra península, sin contar intentos tan deliberados como el de Sá de Miranda, en su fábula del Mondego. A esta especie corresponde uno de los más bellos y trascendentales poemas castellanos de esta épica menor: *La Fábula de Genil*, de Pedro Espinosa.

La personalización de los ríos, tan usada por los modelos aludidos, era un lugar común en la lírica renacentista. No es de olvidar que la más desgraciada profecía de nuestra historia la hace sacando el pecho, o según mejor, aunque menos usada lección, la cabeza, nuestro máximo Tajo. Este ejemplo de poeta tan poco entregado a ficciones

ovidianas (aunque aquí su modelo, sólo a medias seguido, sea Horacio) persuade de lo corriente de estas personificaciones.

El corte de la ficción de Espinosa es plenamente ovidiano, como nos persuadirá el examen pormenorizado de su argumento y estructura. Comienza con unas reflexiones que hacen veces de invocación (1.^a oct.), e inmediatamente empieza el relato. El dios Genil, enamorado de la náyade Cínaris, se dirige a ella, encontrándola con las demás deidades del río bordando, y la endereza una declaración amorosa, ponderando sus bienes y fortuna (octavas 2-9), siendo escuchada con enojo por la ninfa. Genil decide contar sus cuitas a Betis, quien le oye benignamente (octavas 10-19). Llama Betis a consistorio a todas las deidades fluviales de él dependientes, y las manifiesta su voluntad de que Genil celebre sus nupcias con Cínaris (octavas 20-29). Cínaris, ante la fuerza inevitable, prorrumpe en llanto desconsolado y tan eficaz que se deshace convertida en agua (octava 30).

Estos son los elementos esenciales del poema, y de ellos dos son de clara proveniencia de las metamorfosis. La declaración de Genil a la ninfa es una imitación, muy abreviada y distinta en la materia, pero idéntica en el tono y la intención, del

canto de Polifemo a Galatea. Claro es que el río no podía ponderar las riquezas de sus ganados y posesiones, pero sí pondera los encantos de sus riberas y la claridad de sus cristales.

La transformación de Cínaris en agua es lugar común de las metamorfosis, sin que pueda decirse que imita concretamente pasaje alguno en que tal mutación sucede. Desde luego la situación no tiene semejanza con la metamorfosis de Acis bajo el peñasco de Polifemo, ni aun con la de Aretusa. Más se parece a la de Biblis, enamorada de su hermano Caumio, lugar menos glosado por nuestros parafrastas del poema ovidiano. Por otra parte, esta transformación era, por decirlo de un modo gráfico y pintoresco, la más verosímil, la que con menos esfuerzo de imaginación podía ocurrirse. Así es frecuente en nuestra poesía, sin pretensión de imitación ovidiana en muchos casos. Sirva por todos la metamorfosis que vió Ferragut (*El Bernardo*, de Valbuena, libro II) de una ninfa que, al ser violentada por un fauno, es libertada por Ferragut del ultraje, y por los dioses de la figura y ser, al convertirla en una *alegre fuente*, que

*las nuevas flores del pintado suelo
en su cristal bañó resplandeciente.*

Hemos notado que el dios Genil encuentra a la náyade Cínaris bordando debajo de las aguas. Este elemento de la narración tiene también origen clásico fácilmente comprobable. Procede de la fábula del pastor Aristeo (*Georg.*, libro IV) según la narra Virgilio. La madre de Aristeo oye la voz de su hijo bajo las aguas,

*eam circum Milesia vellera Nymphae
carpebant, hyali saturo fucata colore...*

Estas ninfas, cuyos nombres a continuación declara el Mantuano, no son otras que las que Garcilaso de la Vega nos presenta en su tercera égloga entregadas también al bordado bajo las aguas, labor que continúan a la agradable sombra de *verdes sauces* junto al Tajo; estas mismas son las que el propio Garcilaso representa en un soneto calcado en este pasaje virgiliano:

Hermosas ninfas que en el río metidas...

las mismas que Camoens describe entregadas a la misma labor:

*Moradoras gentis e delicadas
do claro e aureo Tajo, que metidas*

*estais nas suas grutas escondidas
e con doce repouso soçegadas;*

*agora esteis de amores inflamadas
nos cristalinas paços entretidas,
agora no exercicio embebecidas
de telas de ouro puro matizadas...*

Estas mismas ninfas pasan al paisaje ya citado del obispo Valbuena y continúan la tradición del tema tras Espinosa. He aquí los versos del *Bernardo*:

... las deidades habitan de aquel río,

*donde en tiernos cuidados ocupadas,
en grutas de cristal y ondas ceñidas,
las ninfas sobre telas delicadas
sus amores dibujan y sus vidas:
las rubias hebras de oro marañadas,
entre la blanda lana retorcidas,
a vueltas muestran de sus lazos bellos
mil lances de primor dellas y dellos.*

A la misma narración virgiliana de Aristeo corresponde el germen de la descripción del mundo

subacuático que Espinosa habría de explotar con tanta gallardía, si bien alusiones tales no son infrecuentes en la poesía latina, ni en la nuestra a partir del modo italiano. Sobriamente había dicho Virgilio pintando el pasmo del pastor al conocer los palacios del río, muy semejante al del río Genil al abrírsele los secretos del palacio de Betis:

*Jamque domum mirans genetricis, et humida regna,
speluncisque lacus clausos, lucosque sonantis,
ibat, et ingenti motu stupefactus aquarum,
omnia sub magna labentia flumina terra
spectabat diversa locis...*

Esta indicación de maravillas subacuáticas habían cristalizado en un tópico en nuestra poesía, del que creo autor a Garcilaso en su ya citado soneto.

*Hermosas ninfas que en el río metidas
contentas habitáis en las moradas
de relucientes piedras fabricadas
y en columnas de vidrio sostenidas.*

De esta imagen creo que se contagió Fray Pedro Malon de Chaide al traducir un pasaje de Ovidio sobre Icaro:

*Al fin cayendo en las profundas aguas
de ninfas y nereidas recibido,
bajando a sus moradas cristalinas
en columnas de yelo sustentadas,
dió nuevo nombre al mar...*

Pero tan elemental bosquejo de las maravillas submarinas no explica el desarrollo que su descripción toma en el poema de Espinosa. Ya destacaré, a su hora, lo que este aspecto tiene de original, pero a estos elementos clásicos, esenciales en su máquina poética, puede añadirse la influencia de poetas de su propia tierra, que con su trato y frecuencia no pudieron menos de contribuir poderosísimamente a la formación literaria de Espinosa.

En Fernando de Herrera pudo leer versos como los que a continuación copio, y que ya enriquecían con nuevos elementos y materiales la riqueza tradicional del Betis:

*En tanto, a do alza el Betis deleitoso
las verdes cañas, la ovosa frente,
del puro vaso de cristal hermoso:*

*y con llena, espumosa, alta corriente
entra, donde Neptuno la ancha y honda
ribera ocupa y ciñe de Occidente:*

*en la rica, dorada y fértil onda
haré los sacros juegos de su gloria
y que el coro de Náyades responda.*

Pero mejor aún es la siguiente estrofa de su canción a San Fernando, que causaba la admiración de Lope de Vega, hasta hacerle escribir: *aquí no excede ninguna lengua a la nuestra, perdonen la griega y latina:*

*Cubrió el sagrado Betis, de florida
púrpura, y blandas esmeraldas llena,
y tiernas perlas, la ribera undosa,
y al cielo alzó la barba revestida
de verde musgo y removi6 en la arena
el movable cristal de la sombrosa
gruta, y la faz honrosa
de juncos, cañas y coral ornada,
tendió los cuernos húmidos, creciendo
la abundosa corriente dilatada
su imperio en el océano extendiendo.*

Sigue esta espléndida personificación del río el modelo clásico que les hace corníferos, y si bien Espinosa representó, por exigencias de la acción del poema humanizado al Genil, no olvida este re-

cuerto clásico al pintarnos la llegada a consistorio de los demás tributarios del Betis:

*otros vienen ceñidos con guirnaldas,
brotando olor los cristalinos cuernos
de tiernas flores y de tallos tiernos.*

Por lo demás, los elementos capitales de la decoración subacuática, tal como nos la ha de pintar Espinosa—musgo, juncos y cañas, esmeraldas, perlas, cristal y corales—, aparecen ya en la magnífica estrofa; pero si ella puede ser punto de arranque no es suficiente para explicar la espléndida ampliación que la pura invención poética de Espinosa nos dejó en la fábula de Genil.

Hasta aquí hemos expuesto los elementos de la fábula que pudiéramos considerar como alegadizos y que son los equivalentes en las demás paráfrasis españolas al argumento que proporciona la ficción ovidiana y los episodios de la narración o de la elaboración poética, de que imprescindiblemente se tendrá que servir el parafrasta. Al poeta le queda aún como terreno incontaminado nada menos, por decirlo de un modo gráfico, que el de la poesía.

Invención de Pedro Espinosa es la aparición del dios Genil ante su esquiva Cínaris:

*el despreciado dios su dulce amante
con las náyades vido estar bordando,
y, por enternecer aquel diamante,
sobre un pescado azul llegó cantando;
de una concha una cítara sonante
con destrísimos dedos va tocando;
paró el agua a su queja, y, por oilla,
los sauces se inclinaron a la orilla.*

Aunque imitado en el tono del canto de Polifemo, invención felicísima de Espinosa es el canto del dios y los elogios del río. Hay en este fragmento una riqueza imaginativa, un alarde espléndido de color, pero no presentado en grandes masas, sino distinto y en finísimo dibujo distribuído:

*Hay blancos lirios, verdes mirabeles
y azules guarnecidos alhelíes,
y allí las clavellinas y claveles
parecen sementera de rubíes;
hay ricas alcatifas y alquiceles,
rojos, blancos, gualdados y turquíes,
y derraman las auras con su aliento
ámbares y azahares por el viento.*

Esta opulencia de color, de animación, de in-

vención de materia poética, si en nadie alcanzó el grado de riqueza que en Espinosa, es en cierto modo distintivo de lo que pudiéramos llamar escuela granadina. Los ejemplos pudieran multiplicarse, pero prefiero citar sólo algunos de Luis de Barahona de Soto, que aunque publicados en las *Flores de poetas ilustres*, por el propio Espinosa, es seguro que éste conocía antes. He aquí un trozo de la preciosa égloga llamada de las hamadriadas:

*Loable envidia en las vecinas ninfas
forzó a seguir de aquestos las pisadas,
que en copas de alabastro y vidrio hechas,
las cristalinas linfas
con azahar templadas,
con rosas y violetas contrahechas,
y en cestas nada estrechas
de casia y amaranto y mirabeles
y de alheña y saúco, tristes flores,
y los cogollos brotadores tiernos
de plátanos, naranjos y laureles,
presenta por los anchos derredores
de tu sepulcro...*

y en otro lugar de la misma égloga:

*violetas y cantuesos,
ligustres, blancos lirios y azucenas,
alhelís, rosas, trébol, madresevas,
aquí marchitos dejan lustre y vida...*

Así enumeraba plantas y colores Barahona, que también cantó al Genil y con entusiasmo y tono precursores:

*Mas todas las imágenes orlaba
el líquido Genil, que el claro lecho
y nacimiento suyo demostraba
entre nevados riscos y altos hecho,
a do, cubierto de ovas, ocupaba,
y blanca espuma, tanto con el pecho,
que no se viera sin primor de raya
la blanca oliva y la manchada haya.*

De ejemplo aún más significativo pudieran servir algunos versos del propio Espinosa, especialmente en sus sonetos.

Pero su gran hallazgo fué la descripción del alcázar del viejo Betis, en el que el poeta antequerano deja en penumbra de luz los antecedentes más brillantes que pudieran invocarse. La creación de este mundo subacuático es el gran triunfo de nues-

tro poeta, que ha de suscitar imitaciones y elogios, y que él mismo, satisfecho del hallazgo, ha de reiterar en otras poesías suyas, y especialmente en la espléndida *A la navegación de San Raimundo desde Mallorca a Barcelona*. Sería preciso reproducir toda esta parte de la fábula para formarse idea cabal de la brillantez de este trozo. Copiaré algunos versos:

*Ve que son plata lisa los umbrales;
claros diamantes las lucientes puertas,
ricas de clavazones de corales,
y de pequeños nácares cubiertas;*

.
.

*Colunas más hermosas que valientes
sustentan el gran techo cristalino;
las paredes son piedras transparentes
cuyo valor del Occidente vino;
brotan por los cimientos claras fuentes,
y con pie blando, en líquido camino,
corren cubriendo con sus claras linfas
las carnes blancas de las bellas ninfas.*

*De suelos pardos, de mohosos techos,
hay docientas hondísimas alcobas,*

*y de menudos juncos verdes lechos,
y encima, colchas de pintadas tobas.
Maldicientes arroyos por estrechos
pasos murmuran, entre juncias y ovas,
donde a los dioses el profundo sueño
cubren de adormideras y beleño.*

*Vido entrando Genil un virgen coro
de bellas ninfas de desnudos pechos,
sobre cristal cerniendo granos de oro
con verdes cribos de esmeralda hechos;
vido, ricos de lustre y de tesoro,
follaje de carámbano en los techos,
que estaban por las puntas adornados
de racimos de aljófares helados.*

Todo este mundo inventado por Espinosa encontró sin duda sus más fervorosos gozadores en los poetas de su propia escuela e intimidad. Nunca sabremos probablemente la relación cronológica del poema de Genil y del soneto de Luis Martín de la Plaza, del que copiaré algunos versos; pero es indudable que ambas piezas están escritas bajo la sugestión del hallazgo subacuático, de sus pescados, corales y plantas, de la naturaleza fingida bajo las aguas y oculta por sus movibles cristales. Parece

natural que haya sido Espinosa el inspirador del soneto; pero para mi intención, para subrayar la vocación de estos poetas de la escuela granadina a desbordamientos imaginativos y coloristas, es indiferente la prelación cronológica:

*Nereidas, que con manos de esmeraldas,
para sangrarles las ocultas venas,
de perlas, nácar y corales llenas,
azotáis de Neptuno las espaldas;*

*y ceñidas las frentes con guirnaldas,
sobre azules delfines y ballenas,
oro puro cernéis de las arenas,
y lo guardáis en las mojadas faldas...*

Entran aquí elementos submarinos, como entraron en la poesía citada de Espinosa de la navegación de San Raimundo, y como había alguno entrado en la fábula que examinamos:

*En Colcos, junto a un ancho promontorio
hay unas grutas de alabastro fino,
donde nació, entre arenas de abalorio,
un tritón que a servir a Betis vino...*

Esta ampliación de la fauna y flora acuáticas tiene repercusión en más poetas del grupo, como en Mira de Amescua, en una célebre canción que puede ser anterior a la fábula de Espinosa, pues alude al saqueo de Cádiz por los ingleses en 1595. He aquí una muestra:

*Delfines verdinegros y lascivos,
no porque son hermosos
saquéis a tierra los ingleses vivos;
tritones medio humanos y escamosos,
tañed a las sirenas,
porque arrojen cantando en las arenas
los bárbaros cismáticos furiosos.*

No creo necesario aducir más ejemplos para centrar en su ambiente la fábula que estudiamos, pues juzgo sobrados los transcritos, y porque ya me urge denunciar lo que tiene Espinosa de personal, de diferenciador. Nadie había hecho elemento único de un poema, y no breve, la descripción de una naturaleza irreal, imaginativa. El esfuerzo y el éxito de esta invención poética constituyen la verdadera gloria de Espinosa. No reside el mérito tanto en la descripción (aunque tan sólo en el valor descriptivo se han fijado hasta ahora los críticos), sino en

el valor poético de lo descrito, puramente inventado.

Espinosa encuentra ya casi exhaustos los recursos de los puros poetas italianos. Marchitos sus tópicos, sólo el mayor decoro de la dicción al describir podía salvar obras cortadas por tal patrón, gastado e inutilizado de una parte por Garcilaso y de otra por Fray Luis de León. Podía intentarse lo que después había de culminar en Góngora, es decir, abandonar el camino más o menos realista y tratar de resolver los temas abordados en plano distinto del de la imitación de la naturaleza, propugnando por todos los tratadistas cultos desde Aristóteles. Espinosa, influenciado por condiciones geniales de localidad y temperamento, decide inventar una naturaleza, que describe con la misma llaneza y tersura que Garcilaso las orillas del Tajo, o Fray Luis el huerto de la Flecha. En esto reside su originalidad, o mejor aún, su singularidad. Ocupa por ello un puesto único entre el puro italianismo, ya agotado en 1605, y el barroco gongorino que ya preludiaba.

Su influencia, por ello, no fué en los primeros momentos muy sensible, y no podrá serlo nunca en su total intención, pues no es empresa hacedera la de inventar con toda lógica y coherencia una natu-

raleza para describirla; pero rasgos sueltos de ella, visiones parciales, se incorporan desde el primer momento a las creaciones de los poetas, como probablemente ocurre en el caso del soneto citado por Luis Martín; pero de esto trataremos más tarde. Me urge dejar escrito que Pedro Espinosa, aparte esta singularidad destacada, es un auténtico poeta en el resto de su obra. La navegación de San Raimundo es pieza excepcional que si la rutina no fuera la guía de nuestros historiadores literarios, figuraría, por derecho propio, en la más estrecha antología. Aparte las cualidades de brillantez imaginativa notadas, tiene otras de poeta auténtico que, aun saliéndome de la sobriedad que quisiera regla de cuanto escriba, no quiero pasar en silencio. Es, sobre todo, un estupor ante la naturaleza, ante el ser maravilloso de las cosas, que comunica a sus versos un tono inconfundible de poesía. Cuando, en el primero de sus espléndidos salmos, se dirige a Dios interrogándole:

¿quién te enseñó el perfil de la azucena?

la misma ingenuidad de la pregunta, el sorprender en la flor lo menos dicho y lo más prodigioso de su ser, el rapto religioso preciso para la interroga-

ción, infunde al verso una tensión, una temperatura poética, un tono que es poético por sólo el ademán, aun sin considerar el concepto.

La crítica ha mostrado siempre su entusiasmo por la fábula de Genil. Conocida es la anécdota de don Blas A. Nasarre, que la leyó como suya en la Academia del Buen Gusto. Don Antonio Porcel, que cayó en el engaño, no recató el elogio más encendido. López de Sedano, Quintana y Rosell, al incluirla en sus conocidas antologías, no regatean el encomio. Don Francisco Martínez de la Rosa, en las anotaciones de su *Poética*, reconoce su mérito, si bien la pone algunos reparos que no descubren falta alguna en la fábula y sí limitación flagrante en el crítico. No gustar de la ingenuidad maravillosa con que está expresado el enojo de la ninfa al oír la declaración del río, es falta de sensibilidad, no de erudición ni de saber. Es así:

*Dijo; y la Ninfa de matices rojos
cubrió el marfil, y vuelta la cabeza
con desdén, da a entender que el dios la enoja
y arroja el bastidor y el oro arroja.*

El elogio del docto humanista de Antequera don Juan M.^a Capitán, que copia Rodríguez Ma-

rín en su conocida biografía del poeta, es acaso desmedido, pero por ello mil veces preferible a la cauta reserva con que los eruditos suelen tratar la verdadera poesía desinteresada. *La Fábula de Genil* —dice— *es superior a todo lo del divino Herrera y no produjo un trozo igual la misma Grecia*. Ticknor y todos los historiadores generales de nuestra literatura la ponderan con efusión. Rodríguez Marín, afortunado biógrafo del poeta, la presta su incondicional elogio, así como Menéndez y Pelayo al contestarle al discurso de recepción de la Academia Española.

Pero son, sin duda, los poetas los que mejor han leído a los poetas, y, sobre todo, los que mejor han penetrado toda la belleza de sus concepciones. Los rasgos sueltos a que aludía más arriba, captados por poetas de todos los tiempos, son numerosísimos y ellos componen el mejor elogio de la bellísima fábula. Citaré estos versos de Lope en su *Laurel de Apolo*, que creo tienen esa procedencia:

*Oyendo Manzanares
en su tejida cama
de juncos y ovas sobre verde lama
los ecos de las tropas militares
de tanto pretendiente,*

*aparta los cabellos de la frente,
los lirios y espadañas,
y el cristal que le dieron las montañas
de donde toma el nombre, esparce y deja
la cerúlea madeja
enjuta al claro viento,
de donde van saltando ciento a ciento
pececillos dormidos,
que estaban en las hebras escondidos,
pareciendo argentados
escarcha del Aurora por los prados;
y caminando al soto
más frondoso y remoto
de los pies escamosos le corrían
dos fuentes que en la hierba discurrían,
dejando un largo rastro
desde el soto a las urnas de alabastro,
como eminente, aunque pequeño río,
y recostado por lo más sombrío
en una verde alfombra de mastrantos,
que bordaban penachos de amarantos
con franjas de encarnadas margaritas
salpicadas de nieve,
y campanillas de morado escritas
de hermosa vista, aunque de vida breve,
que nunca la hermosura*

*más largo espacio que las flores dura,
llamó con ronca voz, si bien sonora...*

Don Esteban Manuel de Villegas le tuvo bien presente en sus *Idilios*, y a tal modelo se deben los escasos aciertos que contienen. Menéndez y Pelayo, George T. Northup y Henríquez Ureña han señalado su evidente influencia en Quintana, Zorrilla y, sobre todo, Espronceda. A estos nombres habrá que agregar el del duque de Rivas, que confesadamente le imita en su égloga *Adelfa*. Aun podríamos, con poco esfuerzo, prolongar esta lista, y quizá hasta poetas bien recientes, ya que la preferencia por la imagen poética creada y la riqueza y brillantez de su inventiva aproxima a la bellísima fábula a la sensibilidad de nuestro momento literario.

A todos los elogios expresos por la crítica o supuestos por la imitación ha de añadirse, finalmente, como superior el de su vitalidad prodigiosa, que marca su estela a través de toda nuestra poesía sin haberse extinguido aún su eficacia poética.

JOSE M.^a DE COSSIO

La Casona de Tudanca. Julio 1935.

La Muerte, tema constante en la obra de «Alonso Quesada»

*Señales de muerte. – Tejer y destejer. –
Espejo del mar. – Aventuras en som-
bra. – Los caminos del sueño. – Ericka.
Adiós.*

1

BASTA conocer *El Lino de los Sueños* y *La Umbría* para poder destacar el tema de la Muerte en la obra de *Alonso de Quesada* (1). Para nuestro propósito de señalar con hitos precisos el motivo de la Muerte, que obsesionó el espíritu del poeta, tendremos que aventurarnos con el velero de nuestra memoria—bien frágil por cierto—mar adentro del recuerdo.

Hace ya muchos años asistimos al estreno de *Llanura* y tuvimos también entonces la fortuna de leer casi todos los originales de las obras de *Alonso Quesada*, hasta hoy inéditas.

A propósito dejamos para acotar, por último, *El Lino de los Sueños*, el libro de poemas en el que más ahincadamente insistió en su tema obsesionan-

te con un tono dramático—¡que depresión espiritual la suya!—que, si bien persiste a través de todos sus libros, en ninguno alcanza perfil tan acusado.

2

LA UMBRÍA (2) es obra de teatro irrepresentable. En este poema el drama lo desencadena el pavor delirante de unas almas acuciadas por la idea de la Muerte. La vieja Demetria, tía-abuela de los hermanos Salvadora, Marta, Gertrudis, Gabriel y Lázaro, personajes sombríos, avanzan por los paisajes dramáticos huyendo de la Muerte, que les tira del alma y les ahoga el sueño.

Hay en *La Umbría* fantasmas, un perro agorero y el Silencio (personaje con el que *Alonso Quesada* gustaba simbolizar la Muerte), que se hace oír:

La sombra es un telar invisible donde yo voy hilando una sola hora que se prolonga eterna ante los ojos humanos. Cuando yo tejo esta hora infinita la memoria se inunda de mí; todo lo presente se olvida, lo pasado se revive. Esta noche me extenderé sobre la umbría. Otro día, cercano está ese

día, me hundiré al amanecer en unos ojos infantiles. Todos los ojos son infantiles para el silencio. Yo soy como un espadín de otro invisible que se clava en todas las cosas. Yo taladro como un rayo sigiloso y artero, la tierra de Dios. En lo más hondo de la tierra, más allá del fondo del mar y de los sepulcros, yo mismo no acierto a comprender mi poder.

Para conseguir—por contraste—el efecto dramático, el poeta pasa el espejo de su espíritu frente a campos henchidos de vida por donde anda gente sana que siente el espanto de la Muerte *de otro modo*. Esta gente labriega simboliza el vigor, la fortaleza de cuerpo y la sencillez de alma, gente en la que no arraigaron las curvas raíces del delirio de los personajes de *La Umbría*, la casa rondada por la Muerte.

La imagen verbal, en este poema angustioso, arrastra corrientes de ideas, sentimientos e intuiciones escalofriantes. Las imágenes y el mundo íntimo del poeta forman dos márgenes por donde discurre turbulento el aliento dramático. Sin necesidad de esfuerzo, puede percibirse la dirección segura y firme del drama: hacia el infinito mar desconocido de la Muerte.



LLANURA (3) es un poema dramático también, pero representable. El mar, la gran llanura misteriosa, es el motivo que simboliza a la Muerte.

Nuestro recuerdo de esta obra es muy borroso, como una acuarela de tonos desvaídos; concreto, sólo en cuanto al tema de la Muerte. El mar, que para el poeta era infinito en su inmensidad, se lleva, misteriosamente, a los seres más queridos de una pobre familia de pescadores. El viento, el silencio, los rumores lejanos que llegaban de no se sabía dónde... todos estos elementos sirven al poeta para entonar con ellos, en contrastes de sombras, el ambiente del drama.

La hermanita a quien se llevó el mar tan lejos y tan hondo que nadie pudo dar con ella al cabo de los días, el mar mismo la devuelve hecha mujer, con un sueño inquietante en el alma, que la familia ve reflejado en el fondo de sus ojos como un misterio.

Este poema es, quizá, su única obra *circunstancial* (un deseo amoroso le impulsó a escribirla de un tirón), y ni aun en ella pudo librarse de la sombra que se cernía sobre su espíritu.

4

LAS INQUIETUDES DEL HALL (4) es una novela corta (cuento largo, más bien) poemática, donde con el mismo hilo del tema de la Muerte, tan propicio a la exaltación de *Alonso Quesada*, el poeta va tejiendo su poema novelesco. Un inglés, suave espíritu romántico, y una joven compatriota, con sueños casi meridionales, ambos enfermos, con la única esperanza quizá de curar al influjo maravilloso del sol atlántico, van trenzando, con breves epístolas de amor, en el telar de sus desesperanzas, un paño mágico donde arropar sus almas, que ya sentían el frío helado de la alta noche eterna.

Tal vez nos hayamos aventurado demasiado por el camino del recuerdo de esta novela, cuya memoria—una sola lectura—también nos borra el tiempo. A nuestro propósito basta apuntar que la Muerte ronda, más o menos cerca, la vida lánguida de los dos personajes.

5

SMOKING-ROOM (5) es un volumen compuesto de una colección de cuentos lírico-humorís-

ticos, donde por cierto acreditó su formidable espíritu de observador y su alto aliento de prosista. En muchos de los cuentos de este libro destaca el *leit-motiv* de la Muerte.

Aunque el poeta, en estos cuentos, encubre con humorismo sutil, a veces jocoso, la aparición de la sombra tenaz, se observa en seguida que su medida no es tanta frente al imán de la idea predominante, que pueda esquivarla con un gesto indiferente o despreocupado.

6

LOS CAMINOS DISPERSOS (6) es libro de poesías; el último que escribiera. Al leerlo se observará un notable contraste: está compuesto en su mayor parte por una magnífica colección de poemas escritos en los cortos años de su arrebatado amoroso, en los que la exaltación de su lirismo es de una calidad tan acendrada, de una emoción tan tierna, que no alcanzó antes su numen. Pero aquel rumor de su pensamiento le hacía sentir su llamada muy de cerca, y en el mismo libro encontramos otra vez las hondas huellas de la Muerte, que casi se hace tangible:

*(... Pero siempre la Muerte, el hastío en el cielo,
y la muerte quizás un hastío mayor.*

*.
Morir es la nueva vida de la prolongación!...)*

Hemos citado versos sueltos de un poema que se ha publicado muchos años después de su tránsito (7) y apenas si podemos dar alguna muestra más:

*¡Oh, el cielo baja,
como una losa de tumba!
El corazón cautivo, se desprende
y sueña, alma adentro...
¿Ese hombre del camino
me extiende su mano?
¿Es que ve, como yo, el peligro infinito?
¿Es que está alto su cielo y me lleva a su cielo?
Cierro los ojos. ¿La mano me guía
por un inverosímil corredor estrecho?
¿Mis hombros me rozan las paredes oscuras?
¿Es esto silencio?...*

*Elévase el cielo.
Otra vez, sobre la tierra
el viejo azul se ha abierto...*

*¡Es que yo era el espacio
y no sabía serlo!...*

El poema transcrito, de inquietud doliente, destilando amargura ante la incertidumbre de un camino ignorado, no tiene título, sino una acotación inicial que dice: (*Viento africano. Rumor profundo de soledad agitada. En lo alto del camino árido.*)

Con una sola lectura de la obra total de *Alonso Quesada* se captaría el perfil siniestro de la Muerte, puente sombrío que va desde sus años mozos hasta el de la realidad del *peligro infinito*.

7

EL LINO DE LOS SUEÑOS (8). Fué éste el primer libro de *Alonso Quesada*. Debió escribirlo entre los veintidós y veintiséis años; es decir, en plenitud de vida. Da angustia pensar en el sufrimiento de aquel hombre que, desde sus días mejores — los de las ilusiones, los de las decisiones exaltadas —, el espíritu se le inundó de la *melancolía* de la Muerte.

Abramos *El Lino de los Sueños*: el primer poe-

ma — *La oración de todos los días* —, de una ingenua intimidad hogareña, se inicia con unas palabras de franciscana resignación:

¡Bendita la pobreza de mi casa!

A mitad de la poesía aparece la primera evocación de la Muerte:

*Conformidad de toda pesadumbre:
¡Mañana moriremos!... Los gusanos
todo nos quitarán menos la risa
petrificada en nuestra calavera!...*

Una vuelta a la hoja y nos encontramos con *Oración Matinal*: después de un sereno discurrir de su espíritu, surge el tema, inesperadamente evocado:

*¡La Muerte tardará!... Ya nos lo dice
el mudo platicar de nuestras almas...*

En la *Oración de Media Noche*:

*Llega hasta el alma el resonar de estrellas
y no se cree en nada de la vida:
la hora mejor para una muerte seria,
sin ataúd, ni cantos, ni elegías...*

En estos versos el poeta, entre jocoso y serio, se enfrenta con su idea atormentadora en un intento de quiebro que no alcanza airoso remate. La sombra que en persecución incansable sigue su espíritu, se cierne en el cielo de sus raptos líricos.

ERICKA
1882-1902

es una de las poesías de final mejor logrado de cuantas figuran en *El Lino de los Sueños*; enunciada con título lapidario. En *Ericka* se canta, no obstante, con acento doliente, a una mujercita de veinte años muerta en un pueblo lejano del suyo; la interrogación ante el anónimo

(y cuyo nombre no sabremos nunca,
de qué patria será y quien lo ha escrito?)

hace que el poema se resuelva en un final de pura esencia lírica — su característica esencial —, con la fragancia más sutil que un alma atormentada puede dar y que destaca — rasgón luminoso del cielo en tormenta — por ese contraste de luz y sombra que desconcierta: un rapto inesperado de ter-

nura, de amor a la vida, junto a la frase de abatimiento y de dolor al encararse con la idea de la Muerte:

*Y todos en las mentes se forjaron
el lejano lugar, bello y distinto...
¡Mas ninguno atinó con las prisiones
donde tiene la muerte el buen olvido!*

— *Ericka, puse sobre el mármol negro:
— ha de decir el hombre con quien vino —
fué en un pueblo lejano... Tan lejano,
que tiene el mayor mar como camino!...*

Anotemos — serían larguísimas las acotaciones — títulos de poemas donde se siente el aleteo de la Muerte que para el poeta fué noche eterna de inexplicable misterio en la que buscó ansioso horas luminosas de otra vida y que le atormentó — total — el alma en su laberinto: *Un recuerdo infantil; A Luis Millares; Canto a Jesús de Nazareth:*

*(Jesús: yo creo en la virtud sagrada
de tus benditas manos.
Para las ondas, como ayer y ordena
mi sendero cercano.*

*Yo curaré las llagas de mis plantas
cuando vaya a partir, por no mancharlo;
limpias y azules seguirán las ondas
para guardar al sol en el descanso...)*

Una voz piadosa; El poeta llama a la muerte:

(— ¡Amada, amada, la eterna!...)

Coloquio en las sombras:

*(¿No alcanzáis la razón de mi partida
y os doléis del destino y de mi suerte?
¿No sabéis que el silencio de mi vida
me hizo merecedor al de la muerte?)*

*El último dolor; La eterna sombra; Seis años des-
pués; Dentro de un siglo, amigo...; Has de resig-
narte al fin; Una inglesa ha muerto; Vuelve a ver
a su amigo el mar; Final:*

*(... Y, sin embargo, sé que esta mi vida
de mansedumbre y de dolor sereno
no será larga... que el Expectro pone
sobre mis años la medida exacta.*

.

— *Amigo corazón: yo sé que un día
tu débil armazón ha de romperse;
cuándo será el reposo de estas horas
¡aprisionadas a una ley de raza!...*)

La Muerte, pues, se hace tangible en la insistencia de *Alonso Quesada*. Pero, a la postre, nos preguntamos: — ¿Era espanto, o amor a la Muerte lo que el poeta sentía? Estrechos pasillos del alma por donde el pensamiento cruza veloz antes de hacerse palabra, acaba por dejar virgen el secreto del poeta, de la poesía. La Muerte, amor o temor, subyugó su numen, y los poemas no nos aclaran nada de la lucha del alma: nos dan sólo nociones, y basta.

8

A Horacio también persiguió la idea de la Muerte. Esta nuestra evocación del gran poeta latino sirva de homenaje a la memoria del malogrado *Alonso Quesada*, que vivió poco, sufrió muchísimo y sintió el arte y la poesía como un elegido de la Musa más pura.

FELIX DELGADO

NOTAS

- (1) Nació Rafael Romero (*Alonso Quesada*) en Las Palmas (Isla de Gran Canaria), el día 5 de diciembre de 1886, y murió el 4 de noviembre de 1925 en las cercanías del pueblo cumbreño de Santa Brígida, adonde se retiró—con su mujer y su hijita—en busca de alivio a su incurable dolencia.
- (2) Paisajes dramáticos. Publicaciones Atenea, Madrid, 1922. (Esta obra tiene mucho de autobiografía latente.)
- (3) Teatro inverosímil, poema dramático estrenado en 19... en el Teatro-Circo del Puerto de la Luz (Las Palmas), con decorados y trajes de Néstor e ilustraciones musicales de Víctor Doreste. Inédita.
- (4) Novela poemática. Inédita.
- (5) Cuentos de ingleses coloniales. Inédita.
- (6) Nuevos poemas que *Alonso Quesada* había reunido bajo el título de *El Cuendo de Barro*, tal como reza en la nota de obras del autor en la edición de *La Umbría*. Inédita.
- (7) Los versos correspondientes a este poema los publicó Gerardo Diego en su *Poesía Española*. Antología (Contemporáneos).
- (8) Primer libro de poemas, con un prólogo de D. Miguel de Unamuno, una epístola en verso de Tomás Morales y portada y retrato del autor por Néstor. (Beltrán, 1915, Madrid.)

QUEVEDO

... **NO** defraudemos la agricultura de la muerte: semilla es nuestro cuerpo para la cosecha del postrero día; mejor cuenta da de la siembra la tierra que las piedras; más descubren nuestra vanidad las columnas y pirámides que cubren nuestros huesos; acábese con la vida la locura, que aún fuera bien no hubiera empezado en ella. No parezcamos aun después de muertos, incrédulos, los que ya no somos; ¿puede haber frenesí como pagarse un hombre de que dé admiración la fábrica que guarda lo que horror aun considerado? Enjorar el desprecio, antes es despreciar las joyas que adornarle con ellas; morir dignos de que otros le fabriquen templos, no es pretensión, sino mérito; fabricársele así viviendo, sospecha es de que se idolatra y no se conoce. Por mucha riqueza que gastemos en cubrir este polvo, siempre seremos el asco y el edificio el precio; disfrazar en palacio la sepultura, engaño es, no confesión...

... **CONSIDERO** que la vida a que nació es tan poca, que no sé qué pueda decir nadie: *Vivo*, pues lo pasado ya está en poder de la muerte, tirando de lo porvenir, que sólo tarda en pasarse lo que tarda en llegar; pues lo presente, que en un instante deja de ser futuro, parte a pretérito, y mientras uno dice: *Vivo*, aguija a la muerte y con las obras desdice y desmiente las palabras. El mal que nos hizo naturaleza en darnos vida trabajosa, desquitó y satisfizo en darnosla corta. Estratagema fué suya quitarnos la razón cuando nacemos, porque a tenerla y conocer a qué veníamos, hiciéramos desesperadas diligencias por hacer un dolor el del nacer y el morir.

Pues, ¿cuál hombre (que sabe de qué generosa casta es el alma, que mal vestida la traemos, difamada en los deleites del cuerpo) dejará de conocer cuanta lisonja le hace la muerte en apresurar los pasos con que por este camino va a la patria?...

... UN año y diez meses ha que se ejecutó mi prisión, a 7 de diciembre, víspera de la Concepción de nuestra Señora, a las diez y media de la noche. Fuí traído en el rigor del invierno sin capa y sin una camisa, de sesenta y un años, a este convento real de San Marcos, de León, donde he estado todo este tiempo en rigurosísima prisión, enfermo con tres heridas, que con los fríos y la vecindad de un río que tengo a la cabecera, se me han cancerado, y por falta de cirujano, no sin piedad me las han visto cauterizar con mis manos; tan pobre, que de limosna me han abrigado y entretenido la vida. El horror de mis trabajos ha espantado a todos...

... NO es poder el mandar que no salga quien no puede levantarse; quien guarda lo que aborrece, más peca en cobarde que en avariento; quítenle al más rematado delincuente cepos, cadenas y grillos; pónganle mis pies y mi edad y gritará que se los vuelvan. El ánimo, que está fuera de la jurisdicción de cerraduras y candados, se destaca desde la tierra al cielo, y va y viene descansando de jornadas inmensas. Si mis enemigos tienen rencor, yo tengo paciencia. Pueden darme muerte; hazaña es de que se encargó desde que nací mi propia naturaleza. Si no me quejo de mí, que cada día acabo mi vida, menos me quejaré del que diera ayuda a lo que hago en mí...

... ¡DICHOSO aquel que cuando el mundo está titubeando para desquiciarse pisa, como yo, el lugar donde han de pisar-

le y donde ha de caer! Ya se tienden las insignias de la muerte por todo mi rostro, tiempo es de prevenir buen recibimiento al postrero día. Llegue, pues, que pues no puedo apartarle, no he de temerle; sólo conviene prevenirle: llevárame, mas no me arrancará...

*(De las Epístolas y últimas cartas
de D. Francisco de Quevedo.)*

TODO tras sí lo lleva el año breve
de la vida mortal burlando el brío
al acero valiente, al mármol frío,
que contra el tiempo su dureza atreve.

Antes que sepa andar el pie se mueve
camino de la muerte, donde envió
mi vida oscura, pobre y turbio río
que negro mar con altas ondas bebe.

Todo corto momento es paso largo
que doy a mi pesar en tal jornada,
pues parado y durmiendo siempre aguijo.

Breve suspiro, y último, y amargo,
es la muerte forzosa, y heredada;
mas si es ley y no pena, ¿qué me aflijo?

FUE sueño ayer, mañana será tierra:
poco antes nada, y poco después humo;
y destino ambiciones y presumo,
apenas punto al cerco que me cierra!

Breve combate de importuna guerra,
en mi defensa soy peligro sumo:
y mientras con mis armas me consumo,
menos me hospeda el cuerpo, que me entierra.

Ya no es ayer, mañana no ha llegado,
hoy pasa y es, y fué, con movimiento
que a la muerte me lleva despeñado.

Azadas son la hora y el momento,
que a jornal de mi pena y mi cuidado,
cavan en mi vivir mi monumento.

AH de la vida! nadie me responde?
Aquí de los antaños, que he vivido:
la fortuna mis tiempos ha mordido,
las horas mi locura las esconde.

Que sin poder saber cómo ni adónde
la salud y la edad se hayan huído!
Falta la vida, asiste lo vivido,
y no hay calamidad que no me ronde.

Ayer se fué, Mañana no ha llegado,
Hoy se está yendo sin parar un punto;
soy un fué y un será y un es cansado.

En el Hoy y Mañana y Ayer junto
pañales y mortajas, y he quedado
presentes sucesiones de difunto.

PIERDES el tiempo, muerte, en mi herida,
pues quien no vive no padece muerte;
si has de acabar mi vida has de volverte
a aquellos ojos donde está mi vida.

Al sagrado, en que habita retraída,
aun siendo sin piedad, no has de atreverte;
que serás vida, si llegase a verte,
y quedarás de ti desconocida.

Yo soy ceniza que sobró a la llama;
nada dejó por consumir el fuego
que en amoroso incendio se derrama.

Vuélvete al miserable, cuyo ruego,
por descansar en su dolor, te llama;
que lo que yo no tengo no lo niego.

CARGADO voy de mí, veo delante
muerte, que me amenaza la jornada:
ir porfiando por la senda errada
más de necio será que de constante.

Si por tu mal me sigue ciego amante
(que nunca es sola suerte desdichada),
ay! vuelva en sí, y atrás, no dé pisada
donde la dió tan ciego caminante.

Ved cuán errado mi camino ha sido;
cuán solo y triste y cuán desordenado,
que nunca así le anduvo pie perdido:

pues por no desandar lo caminado,
viendo delante y cerca fin temido,
con pasos, que otros huyen, le he buscado.

CERRAR podrá mis ojos la postrera
sombra que me llevare el blanco día,
y podrá desatar esta alma mía
hora a su afán ansioso, lisonjera:

mas no de esa otra parte en la ribera
dejará la memoria, en donde ardía;
nadar sabe mi alma la agua fría
y perder el respeto a ley severa.

Alma a quien todo un Dios prisión ha sido,
venas que humor a tanto fuego han dado,
médulas que han gloriosamente ardido,

su cuerpo dejarán, no su cuidado;
serán ceniza, mas tendrá sentido;
polvo serán, mas polvo enamorado.

SI hija de mi amor mi muerte fuese,
qué parto tan dichoso que sería
el de mi amor contra la vida mía!
Qué gloria que el morir de amar naciese!

Llevara yo en el alma a donde fuese
el fuego en que me abraso y guardaría
su llama fiel con la ceniza fría
en el mismo sepulcro en que durmiese.

De esa otra parte de la muerte dura
vivieran en mi sombra mis cuidados
y más allá del Lethe mi memoria.

Triunfará del olvido tu hermosura,
mi pura fe, y ardiente de los hados,
y el no ser por amar será mi gloria.

QUÉ perezosos pies, qué entretenidos
pasos lleva la muerte por mis daños;
el camino me alargan los engaños
y en mí se escandalizan los perdidos.

Mis ojos no se dan por entendidos,
y por descaminar mis desengaños
me disimulan la verdad los años
y les guardan el sueño a los sentidos.

Del vientre a la prisión vine en naciendo,
de la prisión iré al sepulcro amado,
y siempre en el sepulcro estaré ardiendo.

Cuantos plazos la muerte me va dando
prolijidades son, que va creciendo,
porque no acabe de morir penando.

VIVIR es caminar breve jornada,
y muerte viva es, Lico, nuestra vida,
ayer al frágil cuerpo amanecida,
cada instante en el cuerpo sepultada.

Nada, que siendo, es poco y será nada
en poco tiempo, que ambiciosa olvida,
pues de la vanidad mal persuadida
anhela duración tierra animada.

Llevada de engañoso pensamiento
y de esperanza burladora y ciega,
tropezará en el mismo monumento:

como el que divertido el mar navega
y sin moverse, vuela con el viento,
y antes que piense en acercarse, llega.



DIÓME el cielo dolor y dióme vida;
el nombre, no los hechos ha negado
de muerte a mi pasión, pues he quedado
vivo y ella con nombre de homicida.

Amar, que fué locura bien nacida,
me castiga fortuna por pecado;
siempre fué delincuente el desdichado;
si no le acusa amor, amor le olvida.

Yo persevero y dicen que porfío;
mis sacrificios llama robo el cielo
cuando en prisión me tiene el albedrío.

Y así se extrema ya mi desconsuelo.
Que hasta de breve muerte desconfío,
que hasta de larga vida me recelo.

NO me aflige morir, no he rehusado
acabar de vivir, ni he pretendido
alargar esta muerte, que ha nacido
a un tiempo con la vida y el cuidado.

Siento haber de dejar deshabitado
cuerpo que amante espíritu ha ceñido,
desierto un corazón siempre encendido
donde todo el amor reinó hospedado.

Señas me da mi ardor de fuego eterno,
y de tan larga y congojosa historia
sólo será escritor mi llanto tierno.

Lisi, estáme diciendo la memoria,
que pues tu gloria la padezco infierno
que llame al padecer tormentos, gloria.

FALLECIÓ César fortunado y fuerte,
ignoran la piedad y el escarmiento
señas de su glorioso monumento,
porque también para el sepulcro hay muerte.

Muere la vida y de la misma suerte
muere el entierro rico y opulento;
la hora, con oculto movimiento,
aún calla el grito que la fama vierte.

Devanan sol y luna, noche y día,
del mundo la robusta vida, y lloras
las advertencias que la edad te envía.

Risueña enfermedad son las auroras,
lima de la salud es tu alegría,
Licas, sepultureros son las horas.

MIRÉ los muros de la patria mía,
si un tiempo fuertes, ya desmoronados,
de la carrera de la edad cansados,
por quien caduca ya su valentía.

Salíme al campo, vi que el sol bebía
los arroyos del cielo desatados;
y del monte quejosos los ganados,
que con sombras hurtó su luz al día.

Entré en mi casa, vi que mancillada
de anciana habitación era despojos,
mi báculo más curvo y menos fuerte.

Vencida de la edad sentí mi espada;
y no hallé cosa en que poner los ojos,
que no fuese recuerdo de la muerte.

QUÉ otra cosa es verdad, sino pobreza,
en esta vida frágil y liviana?

Los dos embustes de la vida humana,
desde la cuna son: honra y riqueza.

El tiempo, que ni vuelve ni tropieza.

En horas fugitivas la devana;
y en errado anhelar, siempre tirana
la fortuna fatiga su flaqueza.

Vive muerte callada, y divertida
la vida misma, la salud es guerra
de tu propio alimento combatida.

Oh cuánto inadvertido el hombre yerra,
que en tierra teme que caerá la vida,
y no ve que en viniendo cayó en tierra!

CÓMO de entre mis manos te resbalas!
O cómo te deslizas, edad mía!
Qué mudos pasos traes, oh muerte fría,
pues con callado pie todo lo igualas!

Feroz de tierra el débil muro escalas,
en quien lozana juventud se fía;
mas ya mi corazón del postrer día
atiende el vuelo, sin mirar las alas.

Oh condición mortal! Oh dura suerte!
Que no puedo querer vivir mañana,
sin la pensión de procurar mi muerte!

Cualquier instante de la vida humana
es nueva ejecución, con que me advierte
cuán frágil es, cuán mísera, cuán vana.

(Selección de PABLO NERUDA)

Elaborado por el equipo de trabajo de la Unidad de
Investigación y Desarrollo Tecnológico del
Ministerio de Cultura, en colaboración con
los especialistas de la Oficina de Asesoría
Técnica y el equipo de trabajo de la Unidad de
Investigación y Desarrollo Tecnológico.

El presente documento tiene como objetivo
proporcionar información sobre el
proceso de elaboración de un
proyecto de investigación y desarrollo
tecnológico, así como sobre los
aspectos metodológicos y de gestión
relacionados con este tipo de
proyectos.

Este documento está dirigido a los
investigadores y técnicos que
desarrollan proyectos de
investigación y desarrollo
tecnológico, así como a los
gestores de proyectos que
participan en la ejecución de
estos proyectos.

El contenido de este documento
está basado en la experiencia
adquirida por el equipo de
trabajo de la Unidad de
Investigación y Desarrollo
Tecnológico del Ministerio de
Cultura, en la ejecución de
proyectos de investigación y
desarrollo tecnológico.

CRISTAL DEL TIEMPO

EL FUEGO Y EL HIELO

VERDAD DESNUDA

El día en que el hombre se convenga por completo de que la pasión es aburrimiento y que sólo la acción es alegría; de que el error es esa agitación que, por serlo, nos hiela, mientras que la verdad nos enciende y abrasa con su calma; ese día, el hombre, contemplará con asombro toda su historia.

(De Ernest Hello: *L'Homme.*)

PAZ CON PAZ, GUERRA CON GUERRA

I

No escuches el tambor en la lejanía.

Omar Khayyam.

Al ritmo del tambor lejano se han oído en Europa palabras de razón y de pasión, de paz y de guerra. Cuando al escandaloso manifiesto, ya conocido por el de *los 64*, respondía en Francia, bélicamente, por la paz, el que podía llamarse de *los diez mil*, la avanzada de *los diez mil*, con capitanes tales como André Gide, Jules Romain, Luc Durtain, Romain Rolland, Alain, André Malraux..., entre uno y otro se escucharon, primero, las nobles palabras que el semanario católico *Sept*—en cuyo grupo, como es sabido, milita la gran figura de Gilson—pronunciaba contra la guerra y sus *occidentalistas* defensores; y poco después, las del *Manifiesto de los católicos*, cuyo texto íntegro consideramos importante reproducir, no sólo por el acierto de su planteamiento moral, en respuesta a tantas hipócritas o expresas actitudes nacionalistas y, por consiguiente, anticristianas, sino por la solvencia personal de quienes pusieron sus firmas al pie, en manifiesta responsabilidad pública de una actitud, de una conducta que implica, por sí misma, un pensamiento, aunque otra cosa crean los intelectuales *puros*, los estetas artificiosos de la inteligencia: como, por ejemplo, Ramón Fernández, su inteligente comentador en este sentido. (N. R. F., noviembre 1935.)

El manifiesto lleva las firmas de Claudel, Maritain, Mauriac, Blondel, Francis Jammes, R. P. Bernadot, O. P. (direc-

tor de la *Vie Intellectuelle* y de *Sept*), Mounier (de *Esprit*), Abate Lallement (redactor de ese interesantísimo *catecismo político*, acordado por los cardenales franceses), Madaule, Sangnier, Jolivet, Archambault, R. de Castillon, S. J., C. du Bos, Copeau, Roland Manuel, Martin Chauffier, Mme. Psicari, Monseñor Gry, Monseñor Mury, Monseñor Heintz, obispo de Troyes, Paul Gemalhing, M. Brillant, Jean de Pange, André Lang, etc. — nombres a los que se adhirieron, luego, en expresa voluntad pacificadora y de justicia, los más significados entre *los diez mil*: Gide, Benda, Chamson, Cassou, Schlumberger, Martin du Gard, Montherlant... —. Y dice textualmente lo que sigue:

«Ante la confusión actual de los espíritus por la grave
»situación creada con el conflicto italo-etíope, no es posible
»que quienes se niegan, a la par, a dejarse oscurecer sus prin-
»cipios de conciencia y a admitir la hipótesis de una nueva
»guerra europea, guarden silencio.

»La cuestión no afecta para nada a las simpatías o antipa-
»tías que puedan tenerse respecto al régimen interior de Italia;
»afecta únicamente a la justicia y a aquellos valores eternos
»de que nadie puede desinteresarse.

»No es cuestión tampoco de saber si las necesidades de
»expansión de un pueblo activo y joven han sido suficiente-
»mente respetadas hasta el presente. Lo que se trata de saber
»es si estas necesidades pueden justificar la guerra. Y ni la
»necesidad de expansión, ni el cumplimiento de una obra
»civilizadora, pueden dar jamás el derecho de apropiarse
»territorios de otro, sembrando en ellos la muerte. Es verdad
»que los pueblos que han alcanzado un grado más alto de cul-
»tura pueden tener la misión de ayudar a los otros; pero sería
»irrisorio invocar esta misión de asistencia y ayuda para entre-
»garse a una guerra de conquista que trata de afianzar un pres-
»tigio de Estado.

»Pero la justicia debe ser respetada con todas sus exigen-

»cias propias. Y es ella la que se opone a la propagación del
»conflicto armado.

»Una nueva guerra europea sería una irreparable catás-
»trofe. El no aprobar la actitud de Mussolini no implica que
»se esté dispuesto a aceptar tal desgracia, pues no solamente
»la generalización del conflicto sería una calamidad para la
»civilización y para el mundo entero, sino que sería tam-
»bién otra iniquidad, esta vez, respecto a aquellos pueblos
»que involuntariamente se encontrasen complicados en esta
»tragedia. Es un deber aportar ayuda a quien sufre injusticia;
»pero nunca la más estricta moral política ha exigido a un
»pueblo que tenga que recurrir, para esto, a buscar su propia
»perdición o alguna catástrofe universal. Tiene otros medios
»a que recurrir. Y hay que constatar como un hecho el que el
»mundo sea impotente para intervenir por la fuerza de las
»armas en el conflicto italo-etíope sin provocar con ello daños
»todavía peores. No conviene olvidar tampoco que sería una
»gran injusticia, aun haciéndolo en nombre del derecho, el
»arrastrar a un pueblo a la desesperación. Pero no hay fuerza
»humana que pueda coaccionar con ello a la conciencia,
»haciéndole parecer bien el mal, y mal el bien.

»No negamos, por esto, la importancia de la obra coloni-
»zadora llevada a cabo por los Estados europeos, y sabemos
»que no podría ser aniquilada sin muy gran detrimento para
»la humanidad. Pero también sabemos que esta obra no se ha
»realizado hasta ahora sin graves daños. Y en el momento en
»que Europa empezaba a adquirir conciencia de sus respon-
»sabilidades respecto a los pueblos de color, buscando aque-
»llas condiciones de justicia y de libertad hacia las cuales
»debe evolucionar el régimen de la colonización, puede con-
»siderarse como un verdadero desastre moral el que los bene-
»ficios de la civilización occidental se manifiesten a esos pue-
»blos con no igualada brillantez, por la superioridad de los
»medios de destrucción puestos al servicio de la violencia.

»Y si se pretende, con esto, que las violaciones del derecho
»que una guerra tal atestigua, se conviertan en veniales fal-
»tas, con el pretexto de que es de una empresa colonial de lo
»que se trata, será la civilización occidental misma la que de
»este modo se amenace; pues mientras más nos sintamos
»unidos a ella, más nos sentiremos obligados a protestar con-
»tra esas costumbres que la hacen abdicar de su más alta
»razón de ser y que sólo sirven para hacerla universalmente
»odiosa.

»Importa mucho denunciar también el sofisma de la des-
»igualdad de razas. Si quiere decirse con esto solamente que
»ciertas razas o ciertas naciones se encuentran en un estado
»de cultura menos avanzado que otras, no se hace más que
»constatar, con ello, un hecho evidente. Pero si de aquí se
»pasa a la afirmación implícita de una desigualdad *esencial*
»que sometería a ciertas razas o a ciertas naciones al servicio
»de otras, cambiando con respecto a ellas las leyes de lo justo
»y de lo injusto, eso es ya paganismo puro. El cristianismo
»nos hace comprender y realizar esta verdad de orden natu-
»ral que afirma que la justicia se debe a todos igualmente:
»a todos los hombres sin excepción de persona, ni de raza, ni
»de nación; y que el alma y la vida de un negro es tan sagrada
»como la de un blanco. Muchos hombres han encontrado ya
»en esta guerra una muerte cruel. Muertos italianos, muertos
»abisinios, a quienes el corazón cristiano envuelve por igual
»en una compasión fraterna.

»Si el sentido de lo justo y de lo humano no bastara para
»conmover los corazones, al menos la consideración de este
»Occidente, al que se trata de complicar en una mala causa,
»debería llevar a todo espíritu reflexivo el temor del uso que
»otros violentos pudieran hacer de estas mismas doctrinas de
»la desigualdad de razas y de la insignificancia de faltar a los
»compromisos internacionales.

»Los acontecimientos actuales nos enseñan, de un modo

»terriblemente claro, cómo el organismo de Ginebra no puede
»ser útil al orden del mundo más que si los pueblos y los
»gobiernos quieren sinceramente la justicia y la paz. Pues esta
»voluntad de justicia y de paz, unidas, es lo que nos importa
»afirmar hoy más que nunca.»

2

No escuches el tambor lejano, dice el poeta. Elude la tentación de la guerra. Y el que así nos habla, en este caso, es un egoísmo epicúreo. El egoísmo del que no quiere oír, ni quiere enterarse de lo que pasa. Si lo que pasa es duro, triste, amargo de saber. Es el miedo del que no quiere que turbe su paz el sonido guerrero del tambor distante. El miedo de aquel para quien la paz no es una lucha, no es una victoria. El epicureísmo verlainiano nos habló también de *una paz sin victoria*, que puede llegar a ser lo mismo que una victoria sin paz. Todo lo contrario reflejan estas palabras, aquí reproducidas, de los católicos franceses: una voluntad de paz, de justicia (dos cosas, en el fondo, casi idénticas). Pero una voluntad. Por eso quieren escuchar el tambor en la lejanía: para oponer, desde un principio, a su belicoso mensaje, una respuesta firme, voluntariamente afirmativa de paz. Al ritmo del tambor lejano se afirma la negativa voluntad de la guerra, la violenta negación de la paz. No hay guerra justa, ni justicia guerrera. Hay paz fuerte que no es la agitación belicosa, sino la acción viva, honda, penetrante de la voluntad y del pensamiento del hombre. Y esta acción constante, en cierto modo revolucionaria, de la paz, es un esfuerzo activo, mucho más violento en su contención expresiva que la débil desesperación de la guerra: que el abandono de la voluntad a la borrachera sangrienta de la guerra, a la danza macabra del espíritu negativo, de la voluntad de destrucción; al ritmo del tambor gue-

rrero. Esas guerras desesperadas que fundamentan sus empeños, siempre delictivos por ser guerreros, en necesidades nacionales que no fueron justamente atendidas, son, en definitiva, la máscara de una impotencia nacional: es el resentido agravio, que puede llegar hasta el crimen, del débil; la ofensiva del débil que quiere enmascararse con el engaño de la fuerza, de la gran ilusión guerrera. Fué quizá necesaria históricamente una corrupción nacional tan impopular como la de los regímenes fatalistas de los *fascios*, para que los pueblos de más viva tradición civilizadora se lanzasen, o fuesen lanzados, al suicidio, por ese trágico desfiladero mortal de lo que ha solido llamarse: el cumplimiento de su destino histórico. ¡Como si el cumplimiento de un destino histórico nacional pudiera ser otra cosa que la muerte! Como el cumplimiento del destino histórico del hombre. Un pueblo, como un hombre—un pueblo de hombres—, cumple su destino histórico cuando se muere. La vida de los pueblos, de los hombres, es luchar contra su propio y fatal destino: contra su destino mortal. Y esta lucha viva, creadora, es la paz; la paz y no la guerra; la paz en un grito, como el de Dante: *¡Yo voy gritando, paz, paz, paz!*

Y por eso la paz del pueblo, como la paz del hombre, es la victoria violenta contra su destino: la conquista de su libertad. Cuando a un hombre o a un pueblo se le arranca su libertad, se le entrega al común destino histórico de la muerte; y al ritmo enloquecedor o entontecedor del tambor monótono se le uniformiza para la guerra: se le sacrifica al destino nacional de morirse, a la fatalidad histórica de perecer. Se le hace verdugo y suicida. La guerra es el gran suicidadero nacional de los pueblos esclavizados mentirosamente a un destino histórico que se dice glorioso, y es sencillamente guerrero, negativo de la vida, de la libertad, de la paz.

El error de la guerra es tan profundamente humano como cualquiera otra pasión del hombre. Y puede que en toda

pasión humana vaya implícito este esencial error de la guerra: del placer guerrero. Los pueblos debilitados por una larga pérdida de su libertad son más propensos al contagio de la pasión guerrera, porque anida en ellos con más encono el aburrimiento, el hastío de una vida sin iniciativa libre, sin noble riesgo. La gran ilusión de la guerra, que es también máscara, o al menos antifaz, del hastío, del aburrimiento mortal del hombre, apasiona a los hombres desesperados, los emborracha para arrastrarlos voluntariamente a la muerte. Y así hace con los pueblos que han sido previamente esclavizados desde su infancia, en cada hombre, para esta empresa aventurera de la guerra; de la violenta negación mortal de la guerra contra la fuerte afirmación viva de la paz. La guerra fué siempre patrimonio histórico de pueblos débiles, sin libre voluntad afirmativa, creadora, de paz. Por eso la derrota ha sido la mejor escuela moral de los pueblos para la paz; cuando su lección dolorosa no se ha interrumpido o desviado con mayores daños de persecución o de injusticia.

3

De este modo debe escucharse el tambor en la lejanía: atentamente. Las palabras de este manifiesto que comentamos nos advierten el peligro que a su lejano son se acerca. Y lo hacen con valor, con lealtad: expresando claramente la exigencia moral que se debe a sí mismo, por todos, para todos, el sentir y pensar cristiano. No compartimos el reproche que se les hizo por aquellos que hubieran debido acogerlas, todo lo más, con prudente reserva y silencio; reproche de apartarse de las realidades presentes, de abstraerse demasiado de ellas, apelando a los principios espirituales de la verdad, de la justicia, pues dicen de ellos que no por dejar de ser permanentes dejan, sin embargo, de ser aplicables tan sólo según las

circunstancias. No comprendemos cómo puede decirse esto por quienes aceptan y viven la religión de la comunidad cristiana. Con este criterio utilitario, pragmatista, no se hubiese vertido en el mundo, por la fe de Cristo, ni una sola gota de sangre. Pues es precisamente el martirio, el testimonio popular de la sangre vertida, la siembra constantemente renovada de paz espiritual para el creyente.

La paz se diferencia de la guerra, para el cristiano, en que el luchar por ella no da héroes, sino mártires; en que sus víctimas, la sangre inocente de sus víctimas, no es un testimonio mentiroso de vanagloria, sino verdadero de justicia.

La pasión mortal del nacionalismo rencoroso envenena hoy la sangre de muchos de aquellos que debieran protegerse de este error deicida con las palabras santas de la autoridad de su Iglesia. El paganismo nacionalista pone hoy las más odiosas mentiras anticristianas en los labios, si no en el corazón, de quienes, sin saberlo, ofuscados de orgullo, entenebrece de este modo las más puras, esenciales verdades del cristianismo. *El nacionalismo—escribí una vez—es el orgullo colectivo: pecado mortal; nace de la impiedad y es la religión de los incrédulos.* La impiedad y la incredulidad alimentan el heroísmo desesperado de la guerra: la destrucción moral y material del hombre. La más terriblemente mentirosa negación de Cristo.

Escuchemos el tambor lejano para prevenirnos. Para que estemos advertidos a tiempo, y con tiempo. Para que sepamos, y podamos, en lo temporal, separar la paz de la guerra. Para no hacer las paces con la guerra, ni tampoco levantar guerras con la paz.

Otras palabras como las de este manifiesto francés—en su sentir y en su sentido—se han dicho entre nosotros en España; algunas, por algunos de nosotros. Ahora queremos sumarnos con las nuestras a las tan verdaderas de estos católicos en Francia, *por la justicia y la paz.*—J. B.

Las horas muertas

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

HISTORIA DE MEDIO AÑO

DICIEMBRE

1 9 3 5

(A principios del año 1935 comencé a escribir una cosa que iba a titular La novela del año, soñando ingenuamente con llegar a tener una serie de años descritos con minucia en forma independiente.

Pensaba que la historia verídica, precipitada e inquietante de un año, su atropello en el alma, su pasión en la inteligencia, podría ser una novela de los tiempos actuales, entretenida y sorprendente.

Pero encontrar en España un editor dedicado a la constancia que necesitaba una obra así, es cada vez más imposible.

En vista de eso, y detenido en mi labor al rebasar el sexto mes, me acojo al caritativo derecho de asilo que me concede la muy generosa revista Cruz y Raya, y como resumen del año que acaba de morir, vayan estas cuartillas en que parecerán como inverosímiles y lejanas muchas cosas que acaban de pasar.)

1

A mediados de enero me sorprendió la idea.
¿Habría tiempo de volverse a poner los sombreros de los días que quedaron atrás?

Nada de mentira ni de amaño.

Hoy se ha ahorcado en Zaragoza un hombre muy dado a la bebida y que antes pendió sus dos gatos del mismo montante del que se colgó él, y en ese suceso debe comenzar la novela del año.

Es un signo del tiempo esos dos gatos ahorcados a ambos lados de ese humorista de la muerte.

Su mujer no pudo decir más que su marido era aficionado a las escenas de humor.

Fecha de almanaque: algo así como martes y 13.

Hemos pasado bajo el montante de ese sacrificio de la muerte. Quizás traiga buena suerte.

Suceso pueblerino al lado del proceso de Hauptmann, el hombre que va a sufrir toda la responsabilidad de haber raptado y matado al hijo del aviador Lindbergh, el que pasó primero, hace cuatro años, el océano en vuelo directo desde Nueva York.

Hay una escalera rota que sirvió a Hauptmann para subir a la habitación en que dormía el niño. ¿Se le rompió al bajar, y la fatalidad hizo que entregase muerto al niño en el cementerio del rescate?

En los secuestros de niños siempre hay desgracia. Se ve que sólo puede cuidar de los niños su madre. Encargarse de un niño ajeno es comprometer la vida propia.

Esa escalera resulta estar hecha con madera de un tablón del descansillo del ático de la casa de Hauptmann, y han sido llamados técnicos de la madera para que dictaminen sobre el caso.

La madera va a ser lo que más le va a comprometer a Hauptmann, la de la escalera y la de un armario ropero, en una de cuyas puertas —que ha sido llevada al tribunal— había escrito Hauptmann el número del teléfono del doctor que gestionó el rescate.

Se ve cómo en la vida de un hombre todo está inscrito y fiscalizado para cuando llega su hora, la

puerta de un armario y las cuentas bancarias reveladoras de sus cambios de fortuna.

El pesado alemán Hauptmann quiere ser salvado por alguien, por su abogado, por su mujer, por los mismos dólares que recibió por el rescate.

Ha aparecido estos días una dama de traje verde, que fué vista en los alrededores de la casa del crimen el día de autos. La han traído vestida de verde al tribunal. ¿Le será benévolo el verde a Hauptmann? Todo consiste en que en el juego de colores y cosas en color le vaya bien.

Es un hombre que estuvo en una sección de ametralladoras en la guerra. Eso puede disculparle en el crimen. Cortó vidas en abanicos de muerte en nombre de la sociedad. Le quedó la cara de madera ante el crimen.

En vano que a un hombre así le coloquen en el cuarto oscuro de la conciencia policial, con dos focos aclarándole el rostro y un micrófono en la boca. No habló por que estaba curado por los silencios horrorosos de la guerra.

¡Y pensar que para enredarle en las redes de la captura, hubo de suceder que la desvalorización de las monedas extranjeras, en especial el yen, hiciese que el Presidente Roosevelt abandonase el pa-

trón oro y los billetes de cinco, diez y veinte dólares fuesen mandados retirar!

Esa desvalorización hizo que el precio del rescate cobrado por Hauptmann, precisamente en esos pequeños billetes, quedase inutilizado en el fondo de un garaje, no resignándose Hauptmann, y pasando un día en un puesto de gasolina uno de esos billetes en el que el empleado del surtidor escribió la matrícula de su automóvil, y el Banco a que fué a parar reconoció que era de la serie de los pagados por el rescate encontrando el dato de la matrícula. Lo que le perdió.

Esos billetes de veinte dólares también pueden perder a su esposa, convirtiéndola en cómplice, pues el gerente de un salón de belleza, próximo a la casa del procesado, en Brown, ha declarado que la señora de Hauptmann pagó sus servicios varias veces en esos billetes.

No les va a valer contar que el hallazgo de esos billetes se debe a que el muerto a quien querían comprometer, Isidoro Fisch, los había dejado en un rincón de su garaje.

Los focos de la justicia norteamericana, buscan todos los rincones de la vida que cayó en sus redes.

¿Y ese otro hombre, parecido a Hauptmann, que confesó haber pasado por la calle de los Lind-

bergh el mismo día del crimen y que puede haber dado lugar a las sospechas? ¿Dónde ha encontrado el abogado a ese ser que se presta a la coartada? ¿O será verdad la coincidencia?

Al verle perdido a Hauptmann se ha pensado presentarle como víctima de las apariencias, duda que prende en los jurados y que indigesta sus comidas.

La votación del Sarre ha venido a poner niebla alrededor del asunto Hauptmann. La actualidad no sabe respetar la actualidad.

Esa votación en favor de Alemania, y que Papen cree que va a ser decisiva en la historia de las guerras, ha demostrado que Alemania es irreductible y no hay propaganda ni convicción que la apee de su dragón.

Queda el mundo tembloroso, todos como pre-dispuestos al gas asfixiante, a la pérdida de las grandes ciudades, a la oscuridad de una vida futura, ya apretándose la nariz como ante posibles ahogos.

Minas de hierro parturientas de cañones, vomitan hierro. Todo es triste en ese horizonte. Hay barcos para llevar trabajadores.

Las chimeneas ofenden al cielo. Las mujeres y los niños son irredentos y llevan la comida al trabajador que se pone vendajes de cuero en los ojos

para no cegar de los fuegos de acero que recorren los reductos y canalillos de la fábrica.

Su tristeza de trabajo gravita sobre ese pueblo, que no visitaremos, y nos llegan escorias negras a la playa.

Sabemos que es una batalla perdida en el prólogo de la guerra futura, pero no nos atrevemos a decírselo ni a nuestra mujer. Es ella la que me ha preguntado:

—¿Has visto lo del Sarre?

—Sí... Te veo vestida de crespón por el hecho.

—Parece un plebiscito de coronas.

—Y han partido los trenes irreparables.

—Veo barcos donde no hay mar.

—Mal augurio.

La lámpara de la mesa ha quedado ladeada sobre papeles, y hay cementerio sobre la mesa.

Nos hemos quedado callados. Las calles se trabucaban en nuestra memoria. El miedo de la ciudad nos sobrecogía.

Por variar de pensamiento, dije:

—¿Has visto cómo han aumentado las tiendas de bolsillos de señora? Y es curioso que dos tiendas de confiteros y chocolateros se hayan convertido en bolsillerías... ¿A qué lo achacas?

—A que la República ha creado más trasiego

de gentes de unos puestos a otros y todo eso deja dinero, y las esposas y las hijas compran bolsillos...

—No creo muy verosímil esa versión... Más bien creo en la ceguera con que aparece todo... Como nadie cuenta aquí con los demás, muchos se proponen un negocio repetido... Ya tengo náuseas de bolsillos, y me parece como si en todos se fuesen guardando mis miradas, como calderilla ahorrada.

15 de enero.

2

*El que comprenda enero
comprenderá el año entero.*

Hay cortinones de funeral. Los árboles creen en la vida futura, y todavía hay los que aprovechan un día de sol para lanzar fuera brotes nuevos. Si la naturaleza no intentase florecer siempre, habrían muerto muchas especies de árboles y de animales. Topa ciegamente con el helado enero como después topará con el amable mayo.

Escaleras de leñadores, apoyadas en los árboles, ponen cruces de calvario en el jardín y hay descendimiento de ramas que piden fogata.



El mundo está lleno de sentencias. Da un frío de hielo afilado el leer tantas sentencias. Las del levantamiento de octubre aún siguen pronunciándose, y lejos, en la estepa, se anuncian las de Zinovief y Kamenef, a diez y cinco años de prisión por haber conspirado y tener responsabilidad en el asesinato del comisario Kiroff.

Zinovief y Kamenef eran dos jefes de los que hemos oído hablar hace años. Dos gatos pardos con gorros de astracán, que vivían jefaturas, pero debían aspirar a mayor imperio.

En la carambola de nombres del diablo, el búlgaro Dimitroff, el que fué procesado por el incendio del Reichstag y supo vencer con el magnetismo de sus ojos a todas las asechanzas alemanas, logrando pasar a Rusia, ha conseguido el puesto de Kiroff.

No se sabe lo que significan estas jugadas, pero se sospecha que el mundo oscila con ellas y busca difíciles equilibrios después que suceden. En Hungría, en un bosque oscuro, faltará contrapeso por esta avería de Kiroff que ha venido a arreglar Dimitroff, y en los tejados de enero, en la conciencia de nieve y luna, va a faltar algo con la ausencia en cárceles de Zinovief y Kamenef.

—¿Has visto eso de Algeciras? Un auto atro-

pella a la niña María Espinosa, y un hermano mata al que iba dentro en vez de matar al chofer.

—Esa equivocación dejará crispado el sol del camino de Algeciras durante mucho tiempo... Ese Enrique Aburdarán que ha muerto en vez del que conducía el auto, faltará en la línea de todas las manos, y en la quiromancia habrá un error insubsanable... Ya verás cómo un paso de nivel no funciona a tiempo dentro de unos días...

Pío Baroja prepara su discurso de recepción en la Academia, y él, el muy rebelde, está esperando lo que el censor diga. Toda la vida presumiendo de incontaminable y, al fin, se dirige a la casa de las convenciones, donde se aseveran todas las categorías y se entra en la sala de la media luz triste, en el despacho del brasero senil.

Contra estas claudicaciones pequeñas de la vida, se prepara la gran sarracina depuradora.

Francia va a construir cuarenta y cinco aviones de combate más y tiene presto el hidroplano mayor del mundo.

Sobre nuestras cabezas se cierne la amenaza máxima, y no va a ser una sola cabeza la que evite que caiga ese fuego graneado.

En las películas de actualidad se repite el tiro al blanco desde avión, y se ve bajar el obús como

torciendo su objetivo un momento, para rectificarse al caer en el centro del círculo inscrito en el campo, del que levanta lodos secos la dinamita alevosa.

Palancas de muerte, accionadas en los sótanos del cielo, lanzarán bombas con esa impunidad remota.

¿Van a desaparecer todas las grandes ciudades?
¡Lo peor es que van a morir todas las descripciones!

Lo que sucede allá lejos, en las playas de América, nos atrae como si allí no fuese a llegar el peligro que nos acosa.

En estos días de enero se celebra el cuarto centenario de la fundación de Lima.

El pobre Pizarro, que firmaba con una cruz, monta a caballo de nuevos monumentos ecuestres, y recuerda aquel pueblecito que añoró en las tierras anchas, refugio deseado contra aquel desasosiego de las ambiciones desencajadas en climas sin la sensibilidad cuajada de las tierras viejas.

Desesperado por el viaje inútil, aprendió el valor de una plaza de pueblo, en la que se acongojó toda la meditación de la España dramática y honda.

¡Que los prebendados vayan donde quieran!

A nosotros nadie nos quita España, que es una

castaña asada, aún caliente en la mano, al subir una calle de la ciudad internada entre cordilleras, defendida de tener que ver cuatro mares.

Ha habido meridiano de resfríos y varias muertes repentinas. En los aparadores se han quebrado los vasos más sensibles, porque ni con la evocación de las Limas remotas se ha podido aplacar este sentido fiero del frío europeo.

La grieta se abre en el espacio y en el tiempo, ¡guay del que esté en el camino de su misterioso trayecto!

19 de enero.

3

La cellisca cae en forma de enjambre, porque la nieve también es una plaga y tiene revuelo de langosta en el aire.

El viejo Viaducto madrileño ha sido víctima, al ser desmontado, de un fatalismo inscrito en sus hierros por tanto suicida como buscó su pasarela para tirarse al abismo. Una viga de veintisiete toneladas se ha lanzado desde su altura a veintitrés

metros sobre el nivel de la calle, rompiendo el cabezante que la sostenía. Deseo de vértigo de las cosas, contagio de desesperaciones, misterio de las inducciones espirituales.

Han vuelto de la cacería de osos—que envidiamos en la propaganda de los periódicos—los pocos cazadores que han estado doce días en los bosques de Lissino, el antiguo coto del Zar de Rusia, a cuarenta grados bajo cero.

Han andado entre guías soviéticos con las barbas heladas, y no han podido reconstruir el aire misterioso de antiguas cacerías que iban buscando.

—¿Has visto esto? Lady Caillard muere el día fijado por su esposo en un libro que con la firma de Sir Vincent había visto la luz pública hace tiempo como trasunto de unas confesiones que después de muerto hizo el marido.

—Probablemente un caso de sugestión estranguladora del corazón... Hay una mano interior nuestra que aprieta al corazón cuando creemos que a una hora fija debemos morir... Si no nos disuadimos el corazón muere...

La botadura del *Artabro* es ya un hecho, dando realidad al sueño del capitán Iglesias, a su iluso viaje al Amazonas. Los españoles van a intentar así una última aventura osada y trascendental.

—¡Pero se van a morir todos en esa excursión!

—¡Tantos españoles murieron en la colonización de lo desconocido!... Llevan inyecciones y píldoras contra todo mal, pero la selva mata con sus besos misteriosos... Mata enamorando, en riberas de indefensión.

España es siempre la misma: Descubridores y bandoleros.

Acaba de ser capturado *el Almirante* en Sierra Carmona, en una cueva en que la Guardia civil oyó ruido.

El bandido había bajado al llano poblado—su perdición—para ver a su madre enferma.

Al irle a detener mató a un guardia civil y en vista de eso se tuvo sitiada la cueva y se tiraron a su interior varias bombas de mano.

Sólo se le ha podido capturar porque desde el fondo sibilesco de la cueva pidió que fuera a buscarle un médico del pueblo cercano, que había curado a su novia, y, abrazado a él, para no ser tiroteado a la salida, salió de la cueva y fué detenido y esposado por la Guardia civil. Probablemente se le ahorcará.

En Moscú, la Embajada de los Estados Unidos ha sido invadida por las ratas, pues aunque está establecida en un edificio de nueva construcción, se

trasladaron a él desde la acera de enfrente unos seis mil roedores escapados de un viejo edificio derruido en estos días. Los gatos que se llevaron para dominar a las ratas, huyeron en vista del poder innumerable de los invasores.

Todo fermenta peligro y enemistad. El viejo Rastro madrileño ha presenciado un doble crimen. Las víctimas han sido un tío y un sobrino, Antonio Barrios Valero y Francisco Valero Minaya, muertos a tiros por Antonio Borja.

Al Borja le habían matado los Barrios un hermano por resentimientos de chamarileros establecidos cerca.

Un día después del juicio de faltas porque la hermana de los Barrio zarandeó a la mujer de Juan Borja después que dió a luz—antes la había encontrado y le había dicho: *no te mato porque estás embarazada*—, el más impresionable de los Barrios, Antonio, pidió apresuradamente a la portera de su casa un buen cuchillo para partir jamón, y con él mató a Juan Borja.

Desde entonces el superviviente de los Borja miraba más torcidamente a los Barrios, haciéndose insostenible su paso por delante de ellos cuando por una serie de indultos y amnistías el asesino salió a la calle.

Así hasta este día en que el Borja, suspicaz, ha disparado su pistola contra Barrios y Valero, hiiriendo gravemente a un sobrino del Antonio.

Madrid ha sentido que allí lejos, en la Ribera de Curtidores, hay como un depósito de sentimientos torvos y de armas de otro tiempo, todo reventado en última estancia, pero fermentado, con querencias violentas, con rabias ancestrales.

¿Pero sólo allí surge el crimen instintivo?

En plena Gran Vía, el gerente de un Instituto de Belleza acaba de herir en el cuello con un bisturí a la propietaria del Instituto, bordeando la yugular.

De nada había servido en la experiencia diaria del establecimiento que el doctor hubiese visto el deseo pueril de las mujeres queriendo embellecerse; él, de un tajo, trató de afear para toda la eternidad a la que por desvíos le había puesto fuera de sí.

Ni el ambiente claro, frívolo, de revista sicalíptica habría calmado el impulso pasional del español obsesionado.

Claro que todo receptáculo quirofanesco que no acaba de ser quirófano y es medio peluquería, medio superfluo arreglatorio, provoca las más extrañas psicologías.

Precisamente estos días, en Varsovia, han sido detenidos sesenta peluqueros acusados de actividades terroristas.

—¿Has visto lo del domador de leones de Tenerife?

—Sí... que se ha muerto del susto al saber que se le había escapado un león... No creo en el miedo, creo más en la avaricia al ver que se lo ha matado la Guardia civil.

Mientras el mundo se entretiene en esas bagatelas la guerra prepara sus armas.

Los japoneses tiran bombas por encima de las murallas chinas y aprovechan que está no se sabe dónde la región Este de Chahar para lanzar contra ella sus unidades motorizadas y que sus aviones vacunen a esos pueblos asombrados ante las luchas incesantes de los unos y los otros.

Mientras, aquí cerca, Hitler y Pilsudski, el dictador de Polonia, se entrevistan con pretexto de una cacería de lince.

El afán guerrero de la vida, su fondo agitador e incendiario se ha mostrado estos días en Tours, bajo la hipocresía máxima de un bombero.

Después de varios incendios en que el héroe era el bombero Marcel Lejault, la policía, al ver cómo se repetían los siniestros, buscó al posible causante

de ellos, ¡y cuál no sería su sorpresa! cuando descubrió que era el propio Lejault el que los preparaba para apagarlos luego.

Los estafadores caminan más tranquilos, viviendo sólo gracias a su pesca con ingenio.

En Barcelona ha aparecido Miguel Angulo, jefe de una banda de estafadores y autor de una falsificación original, pues era el hombre que en vez de imitar el oro imitaba el certificado del fiel contraste, asegurando que el lingote era de oro, con lo cual vendía falso oro con el *pedrigée* de bueno.

Aun los misterios del año están apenas entrevistos. No acaba de tener nariz el 1935. Está aún chato, indeciso, muy talados sus jardines, esperando el acontecimiento.

La verdad es que no tiene importancia lo individual, lo que se hincha, lo que se aísla en su olor a crimen, sino todo, lo que viene en tropel, lo que va siendo síntoma de algo que va a hacer época, que va a ser lo visperal de la transformación de la historia.

Los eneros son así de blancos, de indecisos, de recién nacidos, como si en ellos se renovasen todos los miedos y esperanzas del mundo.

28 de enero.

En Illinois, en el pueblo de Poetone, desaparecían los tacones altos de todos los zapatos de mujer.

Los zapateros a los que llevaban sus zapatos las damas consternadas confesaban haber recibido muchos más en las mismas condiciones.

Por fin se encontró al degollador de zapatos, un muchacho de quince años y de buena familia, llamado Hainz Schmit.

Lo mórbido y morboso en esta época toma aspectos pintorescos, y menos mal cuando la mala inclinación encuentra manera tan inofensiva de saciarse, cortando zapatos.

Frente a ese niño absurdo, una señora de edad, como Lady Astor ha aparecido en Nápoles detrás del boxeador italiano con el que había contraído matrimonio en Norteamérica y que se le había escapado en busca de su primera mujer italiana, humilde y alegre planchadora.

El escándalo del dinero es formidable, y, aun de incógnito, el barco de Lady Astor ha dejado una estela de monedas en el mar. La coleccionadora de cartas de condenados a muerte ha debido ofrecer tales ventajas a su boxeador que éste ha ido a reunirse con ella al gran hotel del golfo.

Mientras, la miseria ha dado también su escándalo. Un parado de Nueva York, al ver condenado a muerte a Hauptmann, se ha prestado a sustituirle en la silla eléctrica si aseguran el porvenir de sus hijos.

Otro parado, en Francia, en esta desesperación de la miseria mundial, que no se sabe cómo va a acabar, roba una locomotora y la lleva a todo vapor hacia París.

Y mientras, la natalidad aumenta.

En 1650 la población total de la tierra era de 450 millones de habitantes, y en el último censo oficial de 1924 esos millones habían aumentado por encima de los 2.000.000.000; por lo tanto, si, según Penk, la tierra no puede albergar bien más de ocho mil millones de habitantes y como éstos se han triplicado en ciento treinta y cuatro años, durante los próximos cincuenta años estará echado el completo del mundo. ¡Allá esa humanidad que se ha de encarar con el problema máximo!

Mientras, entretengámonos con lo pintoresco de lo que sucede.

Veamos cómo el joven inventor Esteban Bribil ha presentado, en Budapest, la experiencia de unos rayos misteriosos que vuelven invisible aquello sobre lo que actúan.

Ante los periodistas ha hecho desaparecer una estatua de mármol encerrada en una urna, y cuando las manos de los espectadores tocaban la estatua para darse cuenta de que estaba en lo invisible, sus manos desaparecían por entrar en el sector de los rayos Bribil.

La magia científica que entretiene la vida ha añadido a esos rayos los rayos Z, con los que el pobre Dumikowski, que estuvo preso por haber intentado inventar oro, logra sacar pepitas del codiciado metal, trabajando con esa Z guadañadora la materia inerte, la arena tonta.

El crimen ha hecho uno de sus gestos feos y hoscos en un pueblo próximo a Madrid, en Navalcarnero.

Un pegujalero, Pedro Bautista, ha matado a tres pastores y, creyendo que iba a conseguir la impunidad, incendió el pobre albergue en que estaban los tres cadáveres.

La noche fría, nevada, inhospitalaria del campo se agravó con ese crimen sórdido cometido en la persona de tan pobres seres.

El frío se ha encarnizado con esa noticia y con la de que en el laboratorio de Leyden el profesor Haas ha obtenido una temperatura de 0,001 de grado en el límite del cero absoluto.

Sólo hace soportable la idea de ese frío record, el saber que gracias a él la electricidad pueda abaratarse en el mundo por causa de que los metales inmersos en ese frío consiguen una superconductividad sin desperdicio.

Nuestro asombro ante las cosas de la vida, es el pulso del vivir. ¿Quién nos iba a decir que el fracaso del *trust* de la pimienta iba a causar las quiebras y las suspensiones de muchos Bancos ingleses? Sólo nos podemos explicar la noticia recordando que los descubrimientos de América y la airada persistencia de aquellos exploradores se debió a que buscaban no oro, sino especias en Ultramar, y que el Nuevo Mundo se descubrió por el negocio que era hallar islas especieras en la ruta de los barcos.

El conde de Keyserling ha conferenciado estos días en España, como queriendo dar una explicación de este espectáculo tan diverso de nuestro tiempo.

Hay que confesar que cada vez es menos zahorí, quizá porque el mundo se complica cada vez más y no se puede creer ninguna explicación sola.

Ante tantos teorizadores se ha encontrado el truco de la teorización y cuando el conde de Keyserling dice que España está captada por la tierra y habla de los sentimientos telúricos, ya no podemos

creer sus palabras. Abusa de una invención fácil para lograr la explicación de la testarudez española, de su sordera primigenia, de su incommovibilidad monstruosa.

El dinero sueña enloquecedor en el cráneo de un vagabundo que se ha trastornado por haber devuelto 45.000 dólares y haber sido demasiado agasajado por su noble acción. Se ve que turbar la vida abstigente de un vagabundo es mucho más grave de lo que parece, y los que esperan solucionar su vida por el dinero deben pensar en este caso asustante.

Un polaco espía, Sosnowsky, ha llevado al tajo del verdugo su cabeza y la de dos mujeres que se dejaron llevar de su seducción, Benita Van Berg y la señorita von Nutzner, a las que el verdugo, repuesto en su cargo por Hitler, ha cortado la cabeza vestido de etiqueta y con el hacha de las grandes representaciones.

Los jueces de París han encarcelado a la bailarina americana Joan Warner, *poetisa del movimiento*, por sus danzas demasiado desnudas y demasiado movidas.

No han tenido en cuenta los jueces lo que otra bailarina, la alemana Erika Thimey, sostiene, opinando que *reza bailando* y que su ambición ha sido

bailar ante un altar para depositar ante él, y mediante el baile, todo su espíritu místico religioso.

El vino ha reído en un incendio. Los vecinos de Biella, gran región vinícola de Milán, al ver que ardía el histórico castillo de Candelo, y no teniendo agua a mano, apagaron el fuego con vino.

En el cielo se ha abierto una puertecita y dos hermanas norteamericanas, Jane y Elisabet du Bois, se han arrojado al espacio desde el aeroplano que habían tomado con ese propósito. Las dos hermanas se habían atado por las muñecas para caer juntas, y su paso en el espacio lo dieron desesperadas porque en Italia se habían ennoviado con dos aviadores que, después, hace unas semanas, habían muerto en unas maniobras de aviación.

Después de este lanzamiento de las dos hermanas, otras suicidas han utilizado el mismo procedimiento, y si sigue esa lluvia de seres habrá que cerrar con llave las cabinas y enrejear sus ventanas.

Con música está mejor el momento y sobre todo si esa música está ejecutada por ese mutilado de la guerra Paul Wittgenstein, que, habiendo perdido su brazo derecho, ha interpretado con el que le quedaba el *Concierto para piano con la mano izquierda*, de Ravel.

Lumière, el inventor del cinematógrafo, va a

desvariar la atmósfera del cine, dándole en relieve.

El procedimiento es el de los viejos esteróscopos, que nos metían en el límite fotoesférico de las cosas que se veían.

Recuerdo que entre las vistas que había preparadas en mi casa para las convalecencias, había la de una alcoba en que dos muchachas en camisón se subían sobre las sillas porque había un ratón bajo la cama. Mi impresión fué la haber entrado en una alcoba sin llamar y sin seducir.

La consecución de la vida que va a traer el cine plástico es imprevisible. Va a marcar un límite entre los que no lo conocían y los que lo van a conocer, agradando la vida.

El viejo Lumière hace dos pruebas paralelas de las mismas vistas a lo largo de la cinta de celuloide y después transversiona por ellas dos rayos de luces diferentes y da al espectador unos lentes con un ojo azul y el otro amarillento, coordinando el azul los rayos verdes, rojos, violetas, índigos, azules; y el otro, los amarillos-anaranjados y rojos, recomponiendo en su ángulo la luz blanca y consiguiendo la sensación de relieve.

¿Que siempre habrá que ir al cinematógrafo con esos lentes? No. También se comenzó a ir a él

con un abanico que había que mover durante la representación para compensar las oscilaciones de las primeras máquinas, pero ya no se acuerda nadie de ese aparato.

En el futuro, esos lentes formarán parte de la nueva máquina, o estarán a mitad de la distancia entre la máquina y la proyección, obligando así a proyectar las películas detrás de la pantalla.

29 de febrero.

5

Acaba de comprobarse que la Baronesa de Wagner, la que se fué a la isla de los Galápagos para hacer desnudismo y se vió comprometida en un crimen de soledades, tenía en la isla desierta 24 cajas de ropa blanca con sus iniciales.

Me ha sorprendido, como un anuncio de guerra, la aparición de una plaga de moscas venenosas en Portugal, en San Vicente da Foz, unas moscas extrañas que causan la muerte a los que pican sin que sirvan los servicios médicos para salvarles.

La revolución venizelista que ha estallado en Grecia ha levantado el polvo antiguo que cubría lo panteonizado, y los sublevados han resucitado el

Epiro, Tesalia y el Peleponeso, desfilando las tropas del general Tsaldaris ante el Partenón, para conseguir más empuje heroico.

En Tesalia, los rebeldes se apoderaron de la ciudad de Laritta, y fué bombardeado Lesbos.

Los croatas, con sus piernas al aire, fueron a luchar refrescados por esa desnudez de guerreros antiguos.

Hubo remedios heroicos y nuevos contra el ataque de los rebeldes, como la orden de quemar los billetes de Banco en las ciudades en peligro.

Pero después del mucho sonar de la pólvora en las islas sublevadas, el epílogo sentimental de la revolución promovida por Venizelos fué el suicidio de una descendiente del poeta Byron, que se clavó en el corazón una daga florentina ante el fracaso en la revolución del cuerpo de mujeres rebeldes de que ella fué capitán.

Frente a esa inquietud griega, estallido interior de un país que significa toda una efervescencia política del mundo, Alemania ha tirado al cesto, públicamente, el Tratado de Versalles.

La esvástica, esa cruz que corre y que tiene algo de cruz-tanque, avanza con sus garras mecánicas.

Ha habido grandes maniobras nocturnas en Berlín con el supuesto táctico de que los aeroplanos

enemigos atacaran la ciudad de noche. Toda la ciudad ha recibido órdenes de sumirse en la oscuridad, pero el generalísimo no contó con que era noche de luna llena. Ante esa aleccionadora ironía de la realidad se puede asegurar que la futura guerra no se declarará un día de plenilunio.

Los estafadores sonríen a todos los acontecimientos históricos. Ellos llevan su participación en lo por venir.

En París han detenido a un estafador que decía comprar terrenos para la futura exposición internacional, embaucando a poseedores de solares o casas en el camino de ese gran solar recién expurgado que es una exposición universal.

En la isla de Santa Elena, donde murió Napoleón, las hormigas rojas están arruinando la Casa de Longwood, donde vivió Napoleón hasta su última hora.

Es triste que las hormigas rojas sean el último ejército que quiera borrar las huellas de Napoleón en la tierra. ¡Armada minúscula y trituradora!

En Norteamérica, una nueva sentencia contra un negro ha concitado la protesta de los negros impugnando esa decisión de los tribunales, y como en solemne procesión, se han presentado numerosos caballeros y damas de color con una soga al cuello,

como sumisos ahorcados en símbolo de indignación.

El rey de Siam, Prajadhipok, que ha renunciado al trono hace poco, ha comenzado a cobrar los primeros cheques semanales de su *seguro de paro*.

El ex rey de Siam se aseguró, hace algunos años, contra la posible pérdida de su trono. Recibirá cheques por valor de unas trescientas mil pesetas al año.

La nueva estrella descubierta en diciembre pasado, y que fué bautizada con el nombre de Nova Hércules y que ahora la designan en la intimidad los astrónomos con el nombre de *el chico travieso de la esfera terrestre*, se está consumiendo rápidamente, quemándose a sí misma como consecuencia de su conducta de vagabundeo y disipación.

Es rara esa estrella suicida y loca, de la que ha dicho la astrónoma Margueritte Reumens, que la lleva observando noches y noches, que *Nova Hércules desaparecerá del campo de visión del telescopio dentro de tres meses. Esta estrella tiene una vida tan agitada que en una noche cambia de intensidad varias veces. Es, desde luego, la estrella más rara que he estudiado en mi vida, no amoldándose a la evolución normal de las nuevas estrellas. Su extraordinaria luminosidad es la causa de que constan-*

temente pierda en volumen, perdiendo diariamente miles de toneladas por la radiación de la energía.

Junto a la noticia de la estrella aparece otra de esas noticias que no merecen perderse en el olvido y que cuenta que en Bolton Gate ha dejado miss Barwise — maestra retirada, de noventa y tres años—una herencia de 1.200 libras para el cuidado de una gata color tortuga, *que no deberá tener gatitos y si los tiene deberán ser ahogados inmediatamente.*

Miss Barwise, que fué soltera, quiere la soltería de su gata o, por lo menos, en caso fatal de descuido, su soledad infecunda. Parece ser que miss Barwise debía la vida a un gato y por eso había cobrado a su gata un amor maternal.

En Londres, y en varias capitales de Inglaterra, los directores de cinema han sido advertidos contra posibles ataques a los espectadores, pues varias personas provistas de jeringas hipodérmicas conteniendo drogas ponían inyecciones a las mujeres que tenían al lado valiéndose de su descuido en la oscuridad de la sala.

El vicio secreto de la droga busca por este medio imprevisto el hacer prosélitos, el dar a probar por ese procedimiento viperino una dosis de pa-

raíso artificial que puede producir un secuaz. Ante la voluptuosidad inoculada irremediablemente buscan esos inyectadores solapados nuevas parejas para esa religión oscura y apremiante.

Mussolini aparece en las fotografías de actualidad con su cabeza vuelta hacia el mundo con ademán amenazador.

Es el momento de observar la rígida transformación que se ha operado en él.

En el principio, Mussolini pasó por un estado embrionario de feroz escarlatina. Fué el hombre de sombrero de copa y gabardina con cinturón; fué el héroe que se retrata junto a un águila disecada; fué el hombre de expresión dura y renegrada que se retrata de levita. Han pasado los años. Ha montado mucho a caballo el dictador. Ha recorrido pueblos soleados, montañas bravas, puertos. Ha contemplado con fijeza ametralladoras, se ha subido a los andamiajes de hierro, ha visitado barcos de guerra, ha saludado desde todas las almenas.

Mussolini, a través de esas experiencias, se ha ido tornando terroso, pétreo, busto de sí mismo.

También han influido en este reblanquecimiento y endurecimiento de su cabeza las muchas esculturas que le han hecho, magnetizándole para César, y las muchas que él ha contemplado en los palacios

y más constantemente en las cuevas del Vaticano.

No es vejez lo que recubre la cabeza de Mussolini, sino un tesón ya pétreo, con esos pulimentos del tiempo que enmarmorecen la piedra.

El hombre de las siete carteras es que va absorbiendo el poder, lo va concentrando en él por causa de ese ir convirtiéndose en estatua rígida, con un solo gesto frente a los soles venideros.

Ha conseguido Mussolini el suficiente tiempo para rotundizar su cráneo, para recibir los salitres y los aires barbecheros que hacen que se conviertan las cabezas en macizas esculturas.

Ha pasado de fotografía a cuadro, después a estatua ecuestre, hoy a busto de salón de recepciones.

Ahora él mismo tiene estereotipado su destino, y aunque puede guardar actitudes silenciosas de estatua, a lo mejor tiene que presidir desfiles, ya como rígido y ausente en medio de su destino.

En los Estados Unidos se ha producido una distanciamiento de la posibilidad de guerra con el Japón, que siempre se tenía en cuenta cuando se hablaba de futuras conflagraciones.

Estados Unidos ha dicho, absteniéndose en la lucha por el petróleo manchú que podría llevarle

a la guerra: *no vale todo el petróleo que se necesita para encender las lámparas chinescas la vida de un solo ciudadano de la Unión.*

27 de marzo.

6

Después de los gritos en Alemania contra las sentencias de Kowno—que al fin no se han cumplido—, oyéndose muchos mueras a Lituania, el mundo se ha sentido más inseguro que nunca.

Pero las grandes potencias velan, y después de la conferencia de Stressa, la conferencia de los cuatro, en que se han reunido Mussolini, MacDonald, Flandrin y Laval, la Sociedad de las Naciones se ha citado para contestar a la protesta de Alemania, envalentonada y ciega.

El tratado de Francia con Rusia completará ese plan de ataque en caso de guerra, que tendrá una diana de aviones—los aviones reunidos de todas las potencias aliadas—, pues todos se darán cita sobre la nación agresora y belicosa. ¡Habrá que ver el estrago rápido de esa concitación sobre las capitales atónitas!

En medio de estas reflexiones violentas del

mundo siempre estalla un terremoto, y, en efecto, en el Japón, en Formosa, ha sucedido habiendo tres mil ciento cincuenta y dos muertos y muchísimos heridos.

Como contraste andaluz con este terremoto, en Málaga creyeron en días pasados que tenía la tierra conmoción de parto de los montes, cuando no se trataba más que frente a nuestras costas la escuadra inglesa efectuaba sus prácticas y los cañonazos, al repercutir en la ciudad, originaron las trepidaciones sospechosas.

Lo dramático mundial se reduce muchas veces a un relato sencillo, más conmovedor que los terremotos. Así el relato de lo que se podría titular *el fin de una tradición de los artistas alemanes*.

Con el famoso actor austríaco Alejandro Moissi, muerto recientemente, ha sido enterrado el célebre anillo Iffland, que siempre llevaban en su mano los mejores actores alemanes y que al morir debían legarlo al mejor de sus sucesores.

Impulsivamente y rompiendo con la tradición que acompañaba al anillo, Bassermann—el actor al que puso el anillo al morir Moissi—se lo quitó del dedo y lo arrojó a la tumba de su antecesor.

Este acto de ternura ha provocado una amplia controversia, y los actores y las actrices discuten si

Bassermann tenía o no tenía derecho a terminar de esa manera la tradición del anillo que siempre pasaba al sucesor cuando el poseedor se encontraba en el lecho de muerte.

Esta tradición databa de 1814, cuando agonizando el gran actor alemán Iffland sacó del dedo su anillo y se lo entregó a Max Devrient, encargándole que lo llevase hasta morir y después pasase al que estimase como su sucesor en la escena alemana.

Parece ser que ese anillo ha sido arrojado a la fosa con un gesto provocado por las circunstancias actuales, como en presagio de fin de mundo, como en señal de protesta a que el artista tenga que cambiar de nacionalidad en el mundo actual, pues Moissi, que era ciudadano austríaco, había solicitado la nacionalidad italiana días antes de morir.

Los casos de doble muerte impresionan también al mundo.

La doble muerte es que una persona que ha estado para ser enterrada hace años muera de verdad al cabo del tiempo.

Ahora, en Inglaterra, en el asilo de Romsey, ha fallecido Marta Southwell, que hace cincuenta años fué dada por muerta y en el depósito de cadáveres se incorporó en el ataúd y apareció por su pie de nuevo en la vida amortajada y despavorida.

La muerte de estos muertos por segunda vez es más definitiva y triste que las de los que sólo se murieron una sola y única vez.

Lo chusco aparece entre las noticias serias del mundo.

Por la feria de Sevilla se ha paseado un loco y su amigo, libando en los puestos más alegres del ferial. Cuando estaban los dos embriagados, el loco invitó a su amigo el cuerdo a que fuera a su casa, donde podrían dormir la mona, y así lo hicieron.

A la mañana siguiente, cuando el amigo cuerdo se disponía a salir de la supuesta *casa particular* de su amigo ocasional, los guardianes del manicomio lo detuvieron creyéndole un loco, y muchos testigos y trámites fueron menester para que el amigo del loco recobrase la libertad.

Un niño acaba de suicidarse en Madrid porque su madre le encerró castigado en una alcoba oscura. El niño se valió de su cinturón para ahorcarse, y, según se ha podido saber después, influyó en esa decisión del niño el que acababa de ver una película sobre la Pasión de Cristo, en que se ahorcaba muy a las vivas a Judas Iscariote.

Apunto este suceso para que se piense bien en lo que significa el alma de un niño de hoy y cómo puede complicarle y llevarle a la catástrofe cual-

quier cosa, un poco de rigor y otro poco de contemplación de la crudeza histórica o actual proyectada con demasiada luz.

30 de abril.

7

Una de las cosas que caracterizan a esta época revuelta es que los padres y las madres matan a sus hijos.

El hecho se está repitiendo constantemente. Estos días, en Lucena, un padre ha matado a dos hermosas hijas; una envenenadora, en Tortosa, ha envenenado a los suyos, y en la aldea francesa de Zhgny-Trugny una madre ha ayudado a uno de sus hijos para que enterrase vivo al otro, desahogando la casa de su presencia y de su recargo.

Numerosos casos por el estilo se podrían recoger en estos últimos tiempos, deduciendo de ellos que ya la última seguridad, la seguridad de los hijos frente a la agresión de los padres, ha dejado de existir, siendo esa la rudeza mayor que podía tener la vida que se queja con quejido de niño en el fondo de un subterráneo.

En Providence (Rhode Island) se ha descu-

bierto una *fábrica de crímenes*, que a su solo nombre evoca grandes chimeneas de las que brota un humo rojizo y denso.

La violencia de un accidente de auto ha devuelto la vista, en cambio, al pintor francés Lenordant, que quedó ciego durante la guerra a consecuencia de una herida en los ojos.

El conflicto italo-abisinio está amenazando la paz, pero parece que altas presiones que bajan de Inglaterra contienen que se declare la guerra, por más que Italia se prepara a ella, llamando nuevas quintas, aguerriendo las que están en filas, y el mismo Mussolini se retrata en el momento futbolístico de lanzar una bomba de mano.

Inglaterra, en su isla, quiere dar un espectáculo de paz y de continuidad dramática y está celebrando el XXV aniversario de la subida al trono de Jorge V. Todos son desfiles ordenados, banderas colgadas en el centro de las calles y el coche con seis caballos de los reyes poniendo su sombra movida en el centro de la calzada despejada. Al fin, en un balcón la reina con su sombrero medio turbante, medio sombrero antiguo, el rey, y una princesa niña llamada Elisabeth, que está quizá llamada a ser la futura reina.

Esa impasibilidad de Inglaterra, esa reunión

de los príncipes de sus dominios, hace que se sienta la firmeza de algo en la tierra desacorde e insegura.

El mundo sigue haciendo esfuerzos por la paz, y Francia, para amedrentar a Alemania y desconcertar las elipses de cualquier suposición, ha pactado con Rusia.

Los resultados de las conversaciones de Laval con Litvinov, Molotov, Kalinin y Stalin se pueden resumir en seis puntos principales: primero, los Estados Mayores de la aviación y el ejército ruso y francés se reunirán antes del verano para discutir la ampliación de la alianza militar francorrusa, en planes de mutua defensa; segundo, tanto Francia como Rusia convienen en la posibilidad de aumentar los cambios económicos, consintiendo Francia en créditos a corto plazo para maquinaria pesada y material de transporte; tercero, Francia y Rusia están determinadas a ejercer presión para la negociación de alguna forma de pacto oriental de seguridad que sea aceptable por Polonia; cuarto, Litvinov visitará París, para pagar la visita de Laval, lo más pronto posible; quinto, los dos Gobiernos han convenido en la conveniencia de un pronto cambio de consultas para promover las relaciones comerciales y culturales; sexto, Laval ha ganado una in-

mensa victoria interior al obtener el compromiso de Stalin de que la Tercera Internacional dejará de mezclarse en la lucha interior de Francia, principalmente al dar instrucciones a los comunistas.

España, frente a esos ejércitos rusos de mujeres y hombres, completa sus equipos de toreros con equipos de toreras.

En la plaza de Granada Juanita Cruz ha matado novillos en lidia con picadores y no se ha atemorizado del mayor tamaño de sus enemigos.

Cupletista de la muerte, Pastora de los toros, ha inventado la falda torera.

En la lejanía de todas las cosas criminales o imperiosas, la Academia de la Lengua ha celebrado en este domingo 12 de mayo la recepción de Pío Baroja, que por algo ha conservado la barba toda la vida.

El salón de actos de la Academia vivía esa luz de circo triste con que se celebran con media luz del día las recepciones académicas en la primera hora de la tarde, metiendo la luz eléctrica cuando está mediada la sesión, con lo cual mezcla dos luces en una crispante lucha que dura hasta que la inútil ceremonia acaba.

Baroja, vestido con un frac triste, ha leído una especie de autobiografía sincera, ingenua, excesiva-

mente confidencial para esos hombres de piedra que le escuchaban.

En su discurso impreso se veía que había tachadas con lápiz páginas enteras, quizá las más rudas, a veces aquellas en que se descubre la verdad de su elección, ese momento en que *Azorín* fué a verle una noche para decirle que era ya académico.

Pío Baroja, puesto en pie ante su mesa de monaguillo, leyó su discurso como en ese último examen preagónico, que es el que se sufre en la Academia. Parecía intentar disculparse ante sus compañeros de estrado de haber aceptado tan indeseado puesto.

Esa misa de réquiem que es la recepción académica tomó su más torvo aspecto en esta tarde dedicada a Pío Baroja.

Por fin Baroja se sentó y recibió una salva de aplausos, con la que se quiso pagar su esfuerzo, su cometimiento de rebeldías, las máximas rebeldías que son posibles en España.

El doctor Marañón contestó a Baroja como en alta consulta de lo que supone el caso barojiano.

Marañón se dedicó a hacer una repulsa del café y sus supuestos monstruos. Resultaba incomprensible su actitud tratándose de un admirador como él de Pérez Galdós, que fué macerado en los cafés y

cuya literatura fué sobre todo escrita para público de café, siendo Don Benito como una de esas bayetas o rodillas con las que se han limpiado muchas mesas y que chorrean algo así como literatura galdosiana cuando están muy saturadas.

En ese vivo apasionamiento que hay en Marañón se nota que le ha faltado un poco más de Café.

El doctor Marañón se ha atrevido, quizá por primera vez en la Academia, a desafiar la calle y el Café. Se le puede disculpar tan temerario acto desde la capilla de cementerio, porque ofuscado por su sabiduría de doctor, cree que podrá salvar a la Academia dándole algunas dosis de tiroidina, sin darse cuenta de que a la Academia no hay nadie que la salve, pues en su fondo representa un espíritu de reacción, una medida que va contra la verdadera e inesperada inspiración de la vida y es nocivo el empleo de su dinero para premios y todo en ella representa un misoneísmo entenebrecedor.

Los académicos llaman de vez en cuando al médico más célebre de su época para ampararse junto a su presencia, como si el doctor les pudiese hacer inmortales.

¡Ahí tiene Baroja lo que sucede por meterse a ser académico! Que critiquen sus costumbres del mejor tiempo de su vida, cuando era contertulio

del Café de Levante de la calle del Arenal, y el más ilustre doctor diagnostique en su discurso de contestación que todo en él se debe al artritis agudo.

Baroja, melancólico y como realizando una granujería mientras Marañón despotricaba contra los cafés, encontraba el azucarillo que le habían puesto junto a la copa en bandeja de plata y se lo tomaba con el agua, topando con lo que la Academia tiene de café lamentable sólo con azucarillos y con una tertulia de asilados sin humor.

Salimos del acto como de un sepelio injusto, como de la precipitación por escaleras alfombradas de una figura altiva que no tenía por qué haberse metido en tan triste cobijo.

Mayo se volvió desabrido a partir de ese momento y ha tenido más días de lluvia y escalofrío que ningún mes de mayo hace cien años. Esta neurosis de la primavera sólo fué subrayada una vez por una muchachita inglesa que se suicidó *porque no podía aguantar una primavera tan revuelta*.

Es el mes en que el alma necesita más paciencia.

Las noticias entretienen el mal momento.

En el pueblo de Lomas de Zamora, en la Argentina, un espectador aprovechó la escena en que el actor de la pantalla hacía un disparo, para dis-

parar su pistola simultáneamente contra el jefe de policía de la ciudad, hiriéndole de gravedad.

El público, que no se había dado cuenta del hecho, se llenó de pánico al oír un tercer disparo que hizo el policía que acompañaba a su jefe y que vió en la oscuridad que el espectador atentaba contra él, hiriendo al agresor en un brazo y deteniéndole en cuanto se encendieron las luces.

En Viena ha sido puesta a la venta la bella catedral rusa de que se incautaron las autoridades austríacas durante la revolución, cuando los revolucionarios destruyeron la Embajada de Austria en San Petersburgo.

El avión gigante *Máximo Gorki* ha caído a tierra en Moscú, pereciendo cuarenta y siete personas, entre ellas treinta y ocho obreros del Instituto Central Aerodinámico, que habían sido agasajados con ese viaje por su buen comportamiento.

Un avión que evolucionaba alrededor del *Máximo Gorki* chocó con la cola del gigante y provocó el incendio de los depósitos.

Máximo Gorki ha debido sentir un vuelco en su corazón, un vuelco con vómito de víctimas y ya recibirá su vida de mañana como una resurrección sobre la muerte en que le hizo incurrir el aparato que llevaba su nombre.

En Chicago ha sido detenido Carl Peterson, de treinta y cuatro años de edad, conocido autor de novelas de aventuras, que ha confesado a la policía que ha prendido fuego a cincuenta casas de inquilinos, cuyos incidentes relata en un diario de memorias de tres mil páginas.

Peterson ha declarado que no podía apartarse de los lugares en que había prendido fuego y que *no podrá olvidar nunca la enorme emoción sentida.*

Al mismo tiempo que sucede esa detención en Chicago, muere en Londres el coronel Lawrence, que tuvo la gran voluptuosidad de volar trenes y puentes.

El coronel y escritor Lawrence merece una biografía por si se pierde su silueta extraordinaria en la fosa común de los periódicos.

Víctima de un accidente de motocicleta, le ha costado gran trabajo entrar en la desmemoria, porque sabía muchos secretos del mundo y muchos dialectos orientales. ¡Ha estado evaporando dialectos en larga agonía!

E. Lawrence es un celta irlandés por herencia, aunque galés por haber nacido en Gales, en el año 1888. Entre sus antepasados cuenta, entre galeses e ingleses, un español.

Ingresó en Oxford, donde casi nunca asistía a

las clases; prefería estudiar de noche, dormir de día y recorrer el país explorando túneles, trepando árboles y corriendo por los tejados como un gato. Hizo el bachillerato en cuatro años, y comenzó con ahinco sus estudios de Arqueología. Paralelamente, con carácter extraoficial, estudiaba la historia de los grandes estrategas militares.

Nadie, sin embargo, menos prometedor para la carrera militar. Cuando le llegó la hora de hacer su tesis eligió el tema *La arquitectura en tiempos de los cruzados*. Con el fin de reforzar sus conocimientos, partió un día hacia Arabia, con 200 libras en el bolsillo, y, según cuentan, su vida fué tan sobria que volvió a su casa con 100.

Pasó dos años a orillas del Eufrates solo, vestido de oriental y observando a las tribus que vivían a su alrededor. Dominó el árabe y algunos otros dialectos y adquirió el conocimiento del alma escondida y fiera del indígena, silenciosa y pausada hasta que se la toca uno de sus resortes íntimos.

Al comenzar la guerra quiso ser voluntario en el ejército inglés, pero le encontraron físicamente endeble y le enviaron al Cairo, donde era necesario salir al paso de los aviesos proyectos turcogermanos contra el Canal de Suez.

Lawrence tiene que promover una rebelión de

las tribus situadas entre Damasco y la Meca para evitar ese aciago objetivo contra el Canal.

Aquí comienza la gran gesta heroica de Lawrence, que logra todos sus objetivos con sagacidad y novelería.

Terminada la guerra, intervino Lawrence en la Conferencia de la Paz, defendiendo el derecho de los árabes—es decir, de los ingleses—sobre Siria contra las pretensiones francesas. Derrotado en esta batalla, comenzó a huir de todo el mundo. La guerra—decía—había trastornado todos sus sentimientos. En 1926 salió su libro *Las siete columnas de la sabiduría*, que, mutilado y expurgado, se publicó luego bajo el título de *La sublevación en el desierto*. El autor se había desvanecido, después de prestar sus servicios durante un año en el ministerio de Colonias. Su desaparición provocó toda clase de rumores, hasta que, más tarde, un amigo le descubrió como simple mecánico aviador bajo el nombre de T. B. Shaw.

Durante el tiempo que permaneció en el Cuerpo de Aviación se dedicó a ejercicios de tiro, que alternaba con la traducción de los griegos. Una edición de la *Iliada* apareció con el nombre del traductor T. B. Shaw.

Lawrence se había retirado últimamente de la

aviación preocupándose por edificar su asilo final, una casita en la soledad.

De un modo glorioso hay un cambio trágico en su vida, como el que vivió Oscar Wilde, que, al salir de la cárcel, se llamó Malmout.

Sus excentricidades de poeta a la par que de aventurero le llevaron de la sombra de luz a la sombra de sombras.

Al final tendía a rebelarse.

Al retirarse de su regimiento de aviación, el ex coronel Lawrence anunció a un amigo que se iba a vivir a una casa campestre *perdida entre un bosque de arbustos*. Muy pocos sabían dónde se hallaba esa casa. La prensa lo ignoraba totalmente.

El redactor de un periódico le siguió la pista, y después de mucho indagar vino a encontrarlo perdido en las boscosidades de Moreton.

En Dorchester—escribía el periodista—, a unos 30 kilómetros del lugar, la gente desconocía totalmente el paradero del ex “rey sin corona de Arabia”.

Al fin encontró la casa, situada al margen de un camino de herradura.

Un bosque de rododendros la oculta del camino. A través de una abertura dejada en esta maciza muralla vegetal se llega a la puerta principal.

El periodista marchó por una senda sinuosa hacia la puerta e hizo sonar varias veces un hermoso aldabón de metal, finamente trabajado.

Nada. El héroe no contestó. Sobre la puerta, en letras griegas labradas en la piedra, había un letrero:

No me molesten.

Fiel a su originalidad, Lawrence hizo construir la entrada principal en la parte posterior de su casa.

El frente, con ventanas, da a un macizo de césped.

El periodista tuvo así que regresar sin ver a Lawrence el de Arabia. No insistió. Era un periodista inglés, respetuoso con la soledad ajena.

En estos últimos tiempos recorría los caminos brumosos de Inglaterra una motocicleta de la que no se ha contado, a propósito de su muerte estos días, algo que es importante y que he encontrado en un rincón de la biografía de Tomas.

Tomas dice:

Cuando se terminó el año durante el cual prometió servir de consejero del Ministerio de las Colonias, Lawrence se puso el sombrero y se marchó. Desde entonces ha encontrado una nueva salida a su energía sobrante. Conoció a un oficial del ejército que tenía una motocicleta de tantos caballos de

fuerza que su dueño no la podía manipular con facilidad. Así, pues, Lawrence se la compró y ronda en ella por toda Inglaterra como antaño corría a lomos de camello por el desierto del norte de Arabia.

Esa motocicleta aludida indiferentemente en una página de un libro que esperaba tener más tomos, es la que le ha llevado a la muerte. El que había domeñado camellos salvajes no pudo domeñar esa motocicleta excesiva.

No quiso ser héroe.

Toda su obra consistió en evitarlo.

Por eso en su lápida se leerá ese epitafio en que desdeña la heroicidad personal y dice: *Ya terminó la labor de mi vida; el genio acomete, pero el progreso lleva a cabo el esfuerzo del común de los mortales.*

Comienza el misterio.

Hay quien desconfía que haya muerto en el accidente de motocicleta, y que como el primer rey del Irak, haya muerto de un modo casi misterioso...

La policía no ha dejado que se acercasen a su delirio, por si descubrían en sus palabras claves o nombres.

Sólo el niño Frank Fletcher, ciclista que iba por el camino en que se estrelló Lawrence, vió caer

de la moto al coronel y su declaración es la única válida.

A esos grandes acontecimientos del mundo se entremezclan los pequeños sucesos locales.

Así estos días todos comentan los incidentes de una mujer llamada María Lage, que raptó un niño para simular que daba a luz, y estrechar el vínculo con su marido, jefe de cárcel en Andalucía.

Con motivo de eso se ha entrado en una vida, se han revuelto sus baúles y se han descubierto todas las mentiras y simulaciones que pueden caber en una existencia vulgar.

La autoridad lo vigila todo, hasta el cielo.

La policía aérea francesa, cuyas actividades permanecían en secreto, se ha revelado deteniendo en el aeródromo de Nantes a dos aviadores contrabandistas.

El contrabando por el cielo, que parecía tan asequible a la imaginación, va a ser muy difícil, porque ni el ancho cielo es libre ya.

Un peluquero, de pronto, adquiere la inmortalidad —efímera como todas las inmortalidades y más efímera que ninguna— del crimen cometido con su navaja barbera.

Ha sido en la noche del jueves día 30 de mayo,

el día que aparece con letras rojas en los almanques, por ser el día de la Asunción.

El peluquero, Deogracias Rodríguez, se había enamorado de Alejandra Ballesteros, y como estaba casado sintió el conflicto insubsanable de aquel nuevo amor.

Entonces los dos amantes fueron a casa del padre de Deogracias, y en el ascensor, Deogracias, con su navaja barbera, degolló a Alejandra y después se seccionó él la tráquea.

Un vecino que se encontró con aquel espectáculo tocó el timbre de alarma y el portero y el sereno acudieron a levantar aquellos cadáveres acurrucados en el ascensor.

Todos los ascensores se han quedado compungidos por este suceso y se ha pensado en la incitación al crimen que hay en el oficio de barbería. Un día el barbero, excitado todos los días por ese bordear el homicidio con la navaja, encuentra la coyuntura del crimen.

31 de mayo.

8

Estando atentos al desenvolverse del tiempo en el correr de un año, se sorprende el hecho de que

junio y julio se absorben mutuamente, y junio está pendiente de julio y julio no espera sino confundir sus sucesos con los de junio.

Son dos meses gemelos en los que todo se confunde bajo nombres y luces iguales. ¿Sucedió en junio? ¿Sucedió en julio?

Las cosas sucedidas han querido suceder tanto en un mes como en otro, y si se quiere seguir el rigor de la verdad hay que dejar las fechas en cierta confusión.

Una mezcla de instancias de pareja consistencia se mezcla en estos meses, y la novela del año aquí tiene un conflicto de personajes que se parecen y que quieren ser el uno el otro y el otro el uno.

La sorpresa de la vida está en estos meses que quieren ser, no sólo gemelos infantiles, sino gemelos de puños. Junio del puño de la derecha y julio del de la izquierda.

Ya en el tiempo pasado no hay por qué andar con convencionalismo y no reunir los dos meses que quieren apasionadamente ser el mismo: junio un mes de sesenta y un días, comprendiendo en ellos los de julio, y julio ítem más, también de sesenta y un días comprendiendo a junio.

El año reúne sus centros, se engarabita en ese

punto, quiere que el pasado sea porvenir: *Como si fuese julio. Como si estuviéramos aún en junio.*

Es el misterio de las doce en punto en el centro del horario.

Se inicia junio con la sospecha de que Lawrence no ha muerto, sino que está en Abisinia preparando a los abisinios para la lucha contra Italia, que parece decidida a la guerra contra los etíopes.

No ha servido que al entierro hayan asistido representaciones de las Universidades en que estudió Lawrence y del ejército inglés, ni que su hermano y su madre estén enlutados y doloridos. Lawrence, para la imaginación del mundo—que no descansa—, no está en ese cementerio de un pueblecillo del condado de Kent.

En Inglaterra lo novelesco ha tenido un drama pasional.

Hacía unos días que se había visto en Londres una causa por adulterio acompañado de crimen.

Una bella y elegante dama inglesa, la compositora Mrs. Ratemburg, se enamoró de su chofer, Stoner, un joven de veinte años, el cual, después de una noche de orgía con su amante, *dopados* los dos, influido por la cocaína, mata al marido de la dama.

En la vista, el chofer asume todas las responsabilidades del crimen y es condenado a muerte.

mientras ella es absuelta y conducida a una clínica, donde pasa varios días presa de una atormentadora crisis nerviosa.

Enamorada, llena de remordimiento, en tensión de compositora musical—su profesión de éxito antes de casarse con el viejo marido rico—ve a su amante sentenciado a la horca cuando los dos habían sido culpables; vuelve a su hotel de Bournemont, donde la cuidan y vigilan una dama de compañía y una enfermera, y escapa; toma un tren, los viajeros la ven escribir, pasa por el puente en que su amante jugó una vez a cara o cruz su destino, ella también se lo juega tirando al aire una moneda: ha salido la misteriosa señal de morir. Se baja, y después de darse seis puñaladas en el pecho se arroja al río, acto que ve un vaquero que la agarra de un pañolón que llevaba al cuello y con el que se queda en las manos, mientras que la bella compositora *Gozanne* muere ahogada y desangrada en pocos minutos...

Los dramas iluminan al mundo y hacen luz con la muerte.

¿Junio o julio?

Junio... En Medellín se incendia el avión en que van a remontar el cielo hacia estudios cine-

matográficos Carlos Gardel, el mejor y más profundo cantador de tangos, y su orquesta...) +

Para probar la convivencia de una época con sus grandes cantores, durante varios días hay una estela de suicidios de mujeres: una mecanógrafa, una señorita de diecinueve años y una cantante de veinte, cantante sin trabajo...

No canta nadie en vano. Queda en el mundo un eco apasionado de la pena cantada, una respuesta de amor secreto, el recuerdo vivo de lo que parece que se llevó el viento...

.

Y aquí acaba mi esfuerzo inútil de contener lo más destacado del año que ha ido pasando, desengañado de poder continuar esa galería de años con sinceridad de cronista secreto.

RAMON GOMEZ DE LA SERNA